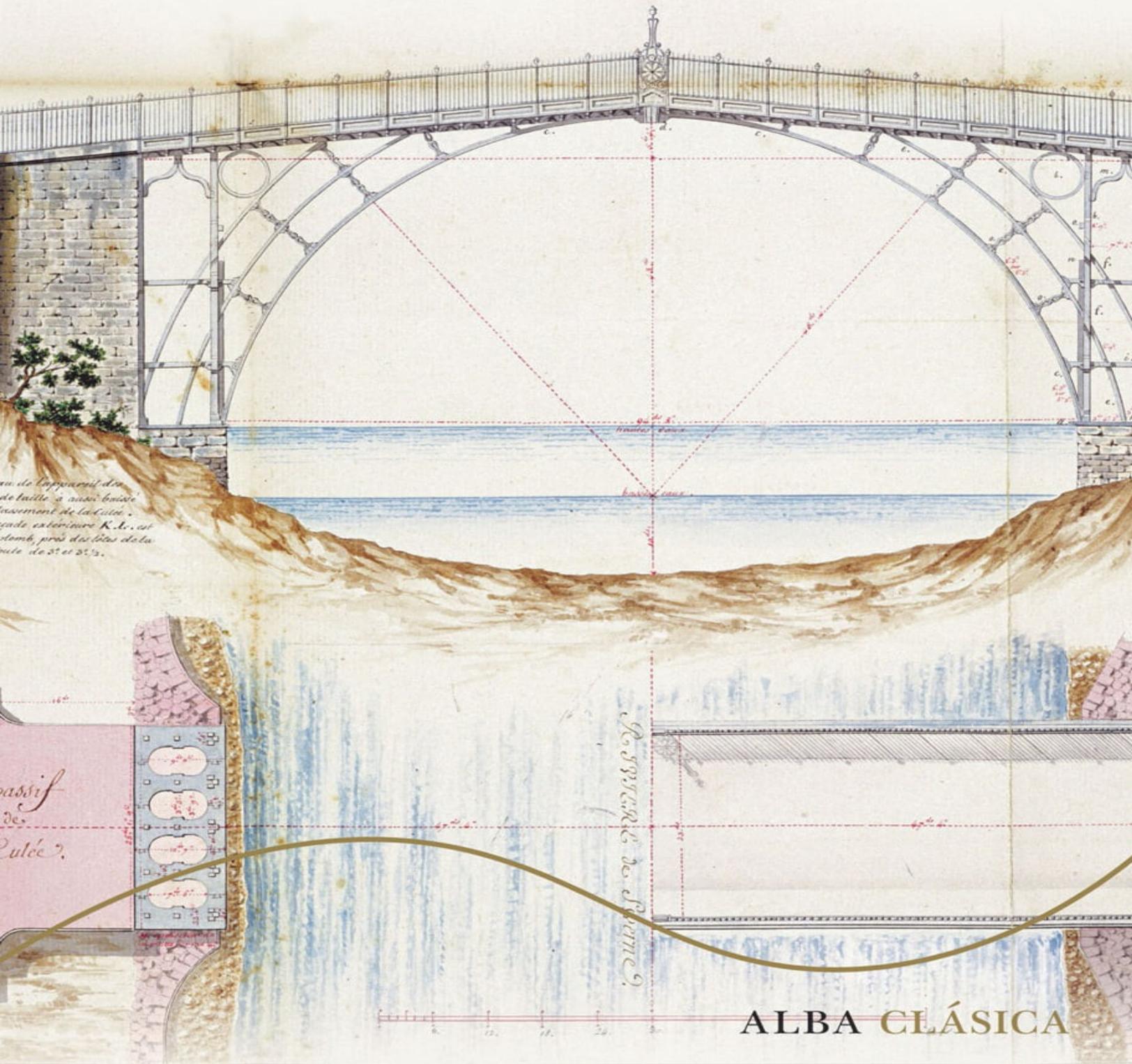


El puente de Alexander

Willa Cather



EL PUENTE DE ALEXANDER



WILLA CATHER

Traducción
Miguel Temprano García

ALBA

ALBA Clásica

Título original: *Alexander's Bridge*

© de la traducción: Miguel Temprano García

© de esta edición: **Alba Editorial, s.l.u.**

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www. albaeditorial.es

Diseño: Pepe Moll de Alba

Primera edición: marzo de 2019

Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-553-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos

NOTA AL TEXTO

El puente de Alexander se publicó por primera vez por entregas, con el título de *Alexander's Masquerade*, en la revista *McClure's*, de febrero a abril de 1912. Ese mismo mes de abril apareció en forma de libro (Houghton Mifflin, Boston). En una segunda edición, en 1922, la autora escribió un prólogo a petición de su editor, que reproducimos como apéndice en este volumen.

CAPÍTULO I

A última hora de una luminosa tarde de abril, el profesor Lucius Wilson se detuvo en un extremo de Chestnut Street y miró a su alrededor con el aire complacido del hombre de gusto que no va muy a menudo a Boston. Había vivido allí de estudiante, pero desde hacía más de veinte años, desde que empezó a trabajar como profesor de filosofía en una universidad del Oeste, rara vez había viajado al Este como no fuese para coger el vapor, rumbo a algún puerto extranjero. Wilson se quedó muy quieto y contempló con una sonrisa enigmática la calle en pendiente, con los gastados adoquines, las casas irregulares de colores solemnes y la hilera de árboles sin hojas sobre la que aún brillaba la tenue luz de sol. El resplandor del río al pie de la montaña le hizo parpadear un poco, no tanto porque fuese cegador como porque le pareció muy agradable. Los pocos transeúntes que pasaban por allí lo miraron despreocupados, e incluso los niños que se apresuraban con las carteras de la escuela debajo del brazo parecieron pensar que era totalmente natural que un caballero alto y atezado estuviese allí contemplando los grises tejados a través de las gafas.

El sol se puso deprisa; la luz plateada había desaparecido de las ramas peladas y el acuoso crepúsculo declinaba cuando Wilson bajó por fin por la pendiente hacia las profundidades cada vez más frescas de sombra grisácea. Las ventanas de su nariz, ya desacostumbradas, detectaron enseguida el olor del humo de leña mezclado con el de la tierra húmeda en primavera y el salitre que ascendía por el río con la marea. Cruzó Charles Street entre tranvías rechinantes y esquivando carros cargados de madera, y después de un momento de incertidumbre dobló hacia Brimmer Street. La calle estaba silenciosa, vacía y cubierta de una fina neblina azulada. Había fijado ya la aguda mirada en la calle que suponía que debía ser su objetivo, cuando vio a

una mujer que llegaba a toda prisa en dirección contraria. Siempre un observador interesado de las mujeres, Wilson habría aminorado el paso en cualquier parte para seguir a esta con su mirada apreciativa e impersonal. Enseguida reparó en que era una persona distinguida y, además, muy hermosa. Era alta, llevaba la hermosa cabeza erguida con orgullo y se movía con seguridad y desenvoltura. Uno daba enseguida por sentados los costosos privilegios y hermosos lugares que debía de haber en un ambiente del que había emergido una figura con esos andares rápidos y elegantes. Wilson se fijó también en cómo iba vestida —pues, a su manera, tenía ojo para esas cosas—, sobre todo en las pieles marrones y en el sombrero. Tuvo una impresión borrosa de su color, de las violetas que llevaba, de sus guantes blancos y, curiosamente, de su velo, cuando subió unas escaleras delante de él y desapareció.

Wilson sabía disfrutar de forma tan completa y deliberada de las cosas bellas que pasaban al vuelo por su lado como si fuesen maravillas desenterradas, acariciadas desde hace mucho tiempo y definitivamente depositadas al final de un viaje en ferrocarril. Por unos pocos segundos placenteros olvidó adónde iba, y solo cuando la puerta se cerró comprendió que la joven había entrado en la casa a la que había enviado su baúl esa mañana desde South Station. Dudó un momento antes de subir las escaleras. «¿Será posible —murmuró maravillado—, será posible que sea la señora Alexander?»

Cuando el criado le dejó pasar, la señora Alexander aún seguía en el recibidor. Le oyó dar su nombre y se adelantó con la mano extendida.

—¿Es usted el profesor Wilson? Temía que llegara antes que yo. Me he entretenido en un concierto y Bartley telefoneó para decir que llegaría usted tarde. Thomas le enseñará su habitación. ¿Prefiere que le suban el té, o quiere tomarlo aquí conmigo mientras esperamos a Bartley?

Wilson se alegró de descubrir que había sido él la causa de su andar apresurado, y se sintió incluso más complacido con ella. La siguió por el salón hasta la biblioteca, donde unos ventanales daban al jardín trasero, al crepúsculo y a una bonita franja de río plateado. Un olmo con forma de arpa se alzaba sin hojas contra el pálido cielo vespertino, con los nidos deshilachados del año anterior en las horquillas del tronco; el lucero de la tarde temblaba en el aire neblinoso entre las ramas peladas. La sala alargada y marrón respiraba

la paz de un profundo y bien custodiado silencio. Enseguida les llevaron el té y lo colocaron delante de la chimenea encendida. La señora Alexander se sentó en un sillón de respaldo ancho y empezó a servirlo, mientras Wilson se arrellanaba en un asiento bajo que había delante y aceptaba su taza con una gran sensación de desenvoltura, armonía y comodidad.

—Ha sido un viaje muy largo, ¿no? —se interesó la señora Alexander, después de preguntar con refinamiento cómo quería el té—. Siento mucho que Bartley llegue tarde. A menudo está cansado cuando llega tarde. Le halaga pensar que ha venido usted a este Congreso de Psicólogos en parte por su causa.

—Y así es —admitió Wilson, escogiendo con cuidado una magdalena—, y espero que no esté cansado esta noche. Pero, por mi parte, me alegro de disponer de un momento a solas con usted, antes de que llegue Bartley. Temía que lo bien que lo conozco a él me impidiera conocerla a usted.

—Es muy amable. —La señora Alexander asintió con la cabeza por encima de su taza y sonrió, no obstante dejó traslucir cierta rigidez formal que no tenía cuando le saludó en el recibidor.

Wilson se inclinó hacia delante.

—¿He dicho algo inconveniente? Vivo apartado del mundo. No quería decir exactamente que fuese usted a desaparecer cuando Bartley estuviera aquí.

La señora Alexander se rió, ablandada.

—¡Oh, no soy tan vanidosa! Es usted muy perspicaz.

Miró a los ojos a Wilson, y él tuvo la sensación de que esta mirada rápida y franca establecía cierto entendimiento entre los dos.

Se dijo que le gustaba todo de ella, pero sobre todo los ojos; cuando te miraba un momento era como vislumbrar un bonito cielo ventoso que podría traer cualquier tipo de tiempo.

—Si ha notado usted algo —prosiguió la señora Alexander—, debe de haber sido un destello de la desconfianza que siento siempre que estoy con alguien que conoció a Bartley de niño. Es como si hablaran de alguien a quien nunca he visto. La verdad, profesor Wilson, da la impresión de que se crió rodeado de gente muy extraña. Por lo general, todos comentan que ha acabado bien y que siempre fue muy buen tipo. Y yo no sé qué decir.

Wilson se rió, se reclinó en su silla y movió despacio los pies.

—Creo que en realidad ninguno de nosotros llegó a conocerlo muy bien, señora Alexander. Aunque debo decir que yo siempre confié en que haría algo extraordinario.

Los hombros de la señora Alexander se encogieron un poco, como con impaciencia.

—¡Oh!, me parece que debió de ser una predicción sobre seguro. ¿Quiere otra taza de té?

—Sí, gracias. Aunque, en el caso de los chicos, hacer predicciones no es tan fácil como podría imaginar, señora Alexander. Algunos se hacen daño muy pronto y pierden el valor; y otros nunca llegan a tener el viento a su favor. Bartley —apoyó la barbilla en el dorso de la mano fina y la miró admirado— aprovechó el viento muy pronto y desde entonces ha llenado siempre sus velas.

La señora Alexander se quedó mirando el fuego ensimismada y Wilson observó su rostro. Le gustó la insinuación de posibilidades tempestuosas de la curva orgullosa del labio y la nariz. Sin eso, se dijo, sería demasiado fría.

—Me gustaría saber cómo era de verdad de niño. No creo que lo recuerde —dijo ella de pronto—. ¿No fuma usted, señor Wilson?

Wilson encendió un cigarrillo.

—No, no creo que se acuerde. Nunca fue introvertido. Era sencillamente la mayor respuesta a los estímulos que he conocido. No sabíamos muy bien qué hacer con él.

Llegó un criado y se llevó la bandeja del té sin hacer ruido. La señora Alexander se protegió la cara del fuego, que empezaba a arrojar ondulantes manchas brillantes sobre su vestido y su pelo a medida que oscurecía.

—Por supuesto —dijo—, de vez en cuando me entero de alguna que otra anécdota de cuando estaba en la facultad.

—Pero no es eso lo que usted quiere. —Wilson frunció el ceño y la miró con la sonriente familiaridad que habían adquirido tan deprisa—. Lo que quiere es un retrato de cómo era hace veinte años. Lo que quiere es verlo en mi memoria.

Ella apoyó las manos sobre las rodillas.

—Sí, sí; eso es exactamente lo que quiero.

En ese momento oyeron cerrarse la puerta, y Wilson se rió al ver

levantarse a toda prisa a la señora Alexander.

—Ahí está. ¡Se acabó la perspectiva! Nada de pasado ni de futuro para Bartley; solo el intenso presente. ¡Lo único que ha habido o habrá jamás en el mundo!

Se abrió la puerta del pasillo, una voz dijo: «¿Winifred?» apresuradamente, y un hombre corpulento atravesó el salón con pasos rápidos y decididos, arrastrando tras él olor a humo de cigarro y el aire frío de fuera. Cuando Alexander llegó a la puerta de la biblioteca, encendió las luces y se quedó en el umbral con su metro ochenta y tantos, irradiando fuerza, cordialidad y una ruda y rubia apostura. Había otros constructores de puentes en el mundo, desde luego, pero los periodistas de los suplementos dominicales siempre querían el retrato de Alexander, porque tenía el aspecto que debe tener quien es capaz de domar los ríos. Debajo del pelo rubio y rizado, su cabeza parecía tan fuerte y dura como una catapulta, sus hombros daban la impresión de poder soportar cualquiera de los diez grandes puentes construidos por él, que cortaban el aire por encima de otros tantos ríos.

Después de cenar, Alexander llevó a Wilson a su estudio. Era una sala grande encima de la biblioteca y daba al río y a la hilera de luces blancas a lo largo del dique de Cambridge. No se parecía en nada a lo que cabía esperar del estudio de un ingeniero. Wilson percibió enseguida la armonía de las cosas hermosas que llevan juntas mucho tiempo sin la intromisión de la fealdad o el cambio. No era obra de Alexander, claro; esas cálidas consonancias de color llevaban madurando y mezclándose desde antes de que él naciera. Pero lo sorprendente era que él no parecía estar fuera de lugar, que todo parecía brillar como el trasfondo inevitable de su vigor y de su vehemencia. Se sentó delante del fuego, con los hombros hundidos en los cojines del sillón, la poderosa cabeza erguida y el pelo despeinado sobre la frente despejada. Se arrellanó en el asiento con un cigarro en la mano suave y grande, y el rubor de la sobremesa en el semblante, que el viento, el sol y las inclemencias del tiempo habían dejado limpio y fino.

—Me ha dicho la señora Alexander que el sábado partes para Inglaterra, Bartley.

—Sí, solo por unas semanas. Hay un encuentro de ingenieros británicos, y no sé si sabes que voy a construir otro puente en Canadá.

—Oh, todo el mundo lo sabe. En Canadá fue donde conociste a tu mujer,

¿no?

—Sí, en Allway. Ella había ido a visitar a su tía abuela. Una anciana muy notable. En aquel entonces yo trabajaba con MacKeller, un viejo ingeniero escocés que me había contratado en Londres y me había llevado con él a Quebec. Consiguió el contrato para el puente de Allway, pero antes de empezar el trabajo se enteró de que iba a morir y aconsejó al comité que me hicieran el encargo a mí. De no haber sido por eso nunca habría conseguido un trabajo así de bueno tan pronto. MacKeller era un antiguo amigo de la señora Pemberton, la tía de Winifred. Le había hablado de mí, así que cuando fui a Allway me invitó a ir a verla. Era una anciana maravillosa.

—¿Igual que su sobrina? —preguntó Wilson.

Bartley se rió.

—Había sido muy guapa, pero no como Winifred. Cuando la conocí era frágil y diminuta, muy blanca y sonrosada, con una cabeza espléndida y una cara que parecía de encaje delicado y antiguo... aunque puede que la recuerde así porque llevaba un pañuelo de encaje. No imaginas qué amor por la vida. De joven había conocido a Gordon, a Livingstone y a Beaconsfield¹. Fue la primera mujer así que conocí. Ya sabes cómo son las cosas en el Oeste, a los viejos se les aparta a un lado. La tía Eleanor me fascinó como muy pocas jóvenes. Iba a tomar el té con ella después de las obras y pasábamos horas hablando. Era muy estimulante, porque no toleraba la estupidez.

—Debió de ser entonces cuando empezó tu buena suerte, Bartley —dijo Wilson, sacudiendo la ceniza del cigarro con el dedo índice—. Observar a los chicos es curioso —continuó en tono reflexivo—. Estoy seguro de haberte hecho justicia al juzgar tus habilidades. Pero tenía la sensación de que había un punto débil que acabaría apareciendo algún día. Incluso cuando empezaste a subir, me quedé entre la multitud y te observé con... bueno, no con confianza. Cuanto más deslumbrante era tu fachada, cuanto más alto se alzaba, más esperaba ver una enorme grieta recorriéndola en zigzag de arriba abajo — describió su trayectoria en el aire con el dedo índice—, luego un estruendo y nubes de polvo. Era curioso. Lo veía con total claridad. Y otra cosa curiosa, Bartley —Wilson habló en tono pausado y se arrellanó aún más en su asiento—, es que ya no tengo esa sensación. Ahora estoy seguro de ti.

Alexander se rió.

—¡Tonterías! No estás seguro de mí; sino de Winifred. La gente comete a

menudo ese error.

—No, lo digo en serio, Alexander. Has cambiado. Has decidido dejar unos cuantos pájaros en los arbustos. Antes los querías todos.

El sillón de Alexander crujió.

—Sigo queriendo muchos —dijo sombrío—. Al fin y al cabo, la vida no le ofrece mucho a uno. Trabajas como un demonio y crees que llegas a alguna parte, y de pronto descubres que lo único que has hecho es enredarte. Un millón de detalles te dejan seco. Tu vida sigue adelante por cosas que no quieres, y mientras tanto te vas convirtiendo en una estructura social que te trae sin cuidado. A veces me gustaría saber qué clase de hombre habría sido si no hubiera sido como soy; quiero agotar también sus posibilidades. No he olvidado que hay pájaros en los arbustos.

Bartley se interrumpió y se quedó mirando ceñudo el fuego, con los hombros adelantados como si estuviese a punto de saltar sobre algo. Wilson le observó pensativo. Su antiguo alumno siempre le había estimulado al principio y luego le había fatigado. Con este hombre la maquinaria siempre estaba en funcionamiento, y Wilson prefería compañeros de costumbres más reflexivas. No podía evitar tener la sensación de que en Alexander siempre había actividades poco razonables o irracionales en marcha; de que, incluso después de cenar, cuando la mayoría de los hombres adquiere una decorosa impersonalidad, Bartley se había limitado a cerrar la puerta de la sala de máquinas y a salir a tomar el aire. La maquinaria seguía funcionando.

El ensimismamiento de Bartley y las reflexiones de Wilson se interrumpieron por un frufú en la puerta y antes de que pudieran levantarse la señora Alexander se plantó al lado de la chimenea. Alexander le acercó una silla, pero ella negó con la cabeza.

—No, cariño, gracias. Solo he venido a ver si el profesor Wilson y tú estabais a gusto. Voy abajo a la sala de música.

—¿Por qué no estudias aquí? Wilson y yo empezamos a aburrirnos. Estamos hartos de hablar.

—Sí, se lo ruego, señora Alexander —empezó Wilson, aunque no dijo más.

—Bueno, si no les parezco demasiado ruidosa. Estoy estudiando el *Carnaval* de Schumann, y, aunque no le dedico muchas horas, soy muy metódica —explicó la señora Alexander, mientras iba hacia un piano vertical

que había al fondo de la sala, cerca de las ventanas.

Wilson la siguió, y cuando ella se sentó, ocupó una silla que había detrás. Tocó con brillantez y gran musicalidad. Wilson no la imaginó permitiéndose hacer nada mal, pero le sorprendió la limpieza de la ejecución. Le extrañó que una mujer con tantas obligaciones se las hubiera arreglado para mantener ese nivel de profesional. Sin duda debía de ocuparle mucho tiempo, y Bartley debía de ocuparle mucho tiempo. Wilson reflexionó que nunca había conocido a una mujer capaz de conservar, durante un tiempo considerable, tanto una pasión personal como una intelectual, sentado detrás de ella la observó con perpleja admiración, haciéndose sombra con la mano. Con el vestido de noche aún parecía más joven que con la ropa de calle, y, pese a toda su compostura y su aire de suficiencia, le pareció extrañamente despierta y vibrante, como si también en ella hubiese algo que no descansara nunca. Tuvo la sensación de saber muy bien lo que exigía de la gente y lo que le pedía a la vida y le habría gustado saber cómo se las arreglaba para manejar a Bartley. Después de diez años debía de conocerlo; y, lo tomaras como lo tomaras, por mucho que lo admirases, había que admitir que no había forma de manejarlo. Era una fuerza de la naturaleza, sin duda, pero aparte de eso, Wilson tenía la sensación de que nunca era nada muy en serio o por mucho tiempo.

Se puso a mirar el fuego, donde el perfil de Bartley seguía envuelto en humo de cigarro que se elevaba despacio formando volutas cada vez más alambicadas. Tenía los hombros hundidos en los cojines y una mano colgaba grande y pasiva sobre el reposabrazos del sillón. Se había puesto un batín corto de color púrpura. Wilson supuso que debía de habérselo escogido su mujer. Estaba claro que se sentía orgullosa de su apostura y su buen color. Pero, ahora que había desaparecido de su rostro el brillo de un interés inmediato, el ingeniero parecía cansado, incluso un poco ojeroso. Las tres arrugas de su frente, justo encima de la nariz, se marcaban más cuando estaba pensativo y su poderosa cabeza se inclinaba pesadamente hacia delante. Aunque Alexander tenía solo cuarenta y tres años, Wilson creyó detectar por debajo de su color saludable la desgastada fatiga de la mediana edad.

La tarde siguiente, a la hora en que el río empezaba a enrojecer bajo el sol poniente, Wilson volvió a encontrarse delante de la señora Alexander en la mesita del té en la biblioteca.

—Bueno —observó, cuando le pidió que le contara cómo le había ido el

día—, primero una larga mañana con los psicólogos, luego un almuerzo con Bartley en su club, más psicólogos, y aquí estoy. Tenía ganas de que llegase esta hora.

La señora Alexander le sonrió entre el vapor de la tetera.

—Y ¿recuerda usted dónde lo dejamos ayer?

—Perfectamente. Iba a mostrarle un retrato. Pero no creo tener suficientes colores. Bartley me hace sentir como un monocromo descolorido. No se puede describir al joven Bartley si no es mediante el color. —Wilson hizo una pausa y se quedó pensando. De pronto soltó—: No era un alumno notable, ya me entiende, aunque siempre destacó en matemáticas. Su trabajo en mi departamento fue bastante normal. Me interesó más por su poderosa naturaleza. Eso es lo más interesante que puede encontrar un profesor. Tiene la fascinación de un descubrimiento científico. Otras cualidades placenteras y apreciables son mucho más frecuentes que la fuerza.

—Y, a fin de cuentas —dijo la señora Alexander—, de eso vivimos todos. Es lo que nos empuja adelante.

A Wilson le pareció percibir cierta nostalgia.

—Exacto —coincidió afectuoso—. Construye los puentes por los que pasaremos todos hacia el futuro.

—Cuánto me interesa oírle formularlo así. Los puentes hacia el futuro... a menudo me digo lo mismo. Los puentes de Bartley siempre me han parecido eso. ¿Ha visto alguna vez su primer puente colgante en Canadá, el que estaba construyendo cuando le conocí? Espero que tenga ocasión de verlo alguna vez. Nos casamos nada más terminarlo, y se reirá usted si le digo que siempre le veo un no sé qué de nupcial. Cruza un río muy revuelto, siempre rodeado de nubes y neblinas, y es tan delicado como una tela de araña colgando del cielo. Sin duda, fue un puente hacia el futuro. Basta con verlo para tener la sensación de que era el principio de una gran carrera. Espere, tengo una fotografía. —Sacó una carpeta de detrás de un estante—. Y aquí, en lo alto de la colina, está la casa de mi tía.

Wilson cogió la fotografía.

—Bartley me habló un poco de su tía anoche. Debió de ser una persona encantadora.

Winifred se rió.

—El puente, como ve, estaba justo al pie de la colina, y el ruido de las

máquinas al principio le molestaba. Pero cuando conoció a Bartley fingió que le gustaba, y dijo que era bueno que le recordasen que había cosas en marcha en el mundo. Amaba la vida, y Bartley le llevaba una buena dosis cuando iba a su casa. La tía Eleanor era muy mundana en un sentido franco de principios de la era victoriana. Le gustaban los hombres de acción, y le disgustaban los hombres moderados que, como ella decía, se pasaban la vida despabilando la mecha como si temieran que fuese a acabarse el aceite. MacKeller, el primer jefe de Bartley, era un antiguo amigo de mi tía, y le contó que Bartley era un joven exaltado y difícil de manejar, lo cual le gustó mucho. Recuerdo que nos quedamos sentadas en el crepúsculo después de la primera visita de Bartley. Yo sabía que a la tía Eleanor le había caído muy bien, aunque ella no me había dicho nada. De pronto, soltó una risita y dijo: «Creo que MacKeller lo encontró de juerga en Londres. Espero que no le parase demasiado pronto. La vida coquetea con los tipos apuestos. Los hombres prometedores siempre son así. Tenemos que invitarle a cenar, querida». Y lo hicimos. Llegó a cogerle mucho más cariño a Bartley que a mí. Yo había estudiado en Viena y a ella eso le parecía absurdo. Le interesaban el ejército y la política, y despreciaba la música, el arte y la filosofía. Decía que el príncipe consorte² había llevado todo eso desde Alemania. Siempre resoplaba cuando Bartley me pedía que tocara para él. Le parecía una forma moderna de coquetear.

Cuando llegó Alexander unos momentos después, encontró a Wilson y a su mujer contemplando todavía la fotografía.

—¡Oh, guarda eso! —dijo riéndose—. Winifred, puedes decirle a Thomas que saque mi baúl. He decidido ir a Nueva York mañana y coger el barco rápido. Así ganaré dos días.

CAPÍTULO II

La noche de su llegada a Londres, Alexander fue enseguida al hotel de Embankment donde siempre se alojaba, y al entrar en el vestíbulo se le acercó un antiguo conocido, Maurice Mainhall, quien, con cordialidad efusiva, expresó su deseo de cenar con él. Bartley nunca cenaba solo si podía evitarlo, y Mainhall era un gran chismoso que siempre estaba al tanto de lo que ocurría en la ciudad; en particular, de lo que no publicaban los periódicos. Sobrino de un conocido novelista victoriano, se movía entre las diversas camarillas literarias de Londres y también en sus alrededores y tenía mucho cuidado de no perder el contacto con nadie. Él mismo había escrito varios libros, entre ellos una *Historia de la danza*, una *Historia del vestido*, una *Clave a los sonetos de Shakespeare*, un estudio sobre *La poesía de Ernest Dowson*, etc. Pese a que su entusiasmo a menudo resultaba fatigoso, y a que muchas veces era incapaz de distinguir entre los hechos y el vívido producto de su imaginación, su imperturbable buen natural superaba incluso a las personas a las que más aburría, las cuales se acababan convirtiendo, a regañadientes, en sus amigos. De aspecto, Mainhall era sorprendentemente parecido al estereotipo del inglés de las obras de teatro estadounidenses: alto y delgado, de hombros rectos y cabeza pequeña que brillaba con el pelo rubio bien cepillado. Tenía un marcado acento de Oxford y, cuando hablaba bien, su rostro adoptaba el gesto extasiado de un hombre muy sensible al escuchar música. A Mainhall le caía bien Alexander porque era ingeniero. Tenía ideas preconcebidas sobre todo, y su idea sobre los norteamericanos era que tenían que ser ingenieros o mecánicos. Los odiaba cuando pretendían ser otra cosa.

Mientras disfrutaban de la cena, Mainhall puso al corriente a Bartley de la suerte de sus antiguos amigos londinenses, y al levantarse de la mesa le propuso ir a ver *Luces de la ciénaga*, la última comedia de Hugh MacConnell.

—Es lo mejor que ha escrito MacConnell —comentó mientras subían a un coche de punto—. Y además está muy bien interpretada. Florence Merrill y Cyril Henderson. Pero Hilda Burgoyne es la verdadera estrella de la obra. Hugh ha escrito un papel delicioso para ella, que está indescriptible. Solo lleva dos semanas en cartel, pero ya la he visto media docena de veces. Da la casualidad de que esta noche MacConnell me ha dejado su palco, de lo contrario no encontraríamos entradas. La clave es ver a Hilda interpretar el papel en las primeras representaciones. Luego pierde un poco de frescura. Es lo que les ocurre a las personas que tienen imaginación.

—¡Hilda Burgoyne! —exclamó en voz baja Alexander—. Caramba, hacía... años que no sabía nada de ella.

Mainhall se rió.

—No había mucho que saber, mi querido Alexander. Hace poco que ha triunfado, cuando la descubrieron MacConnell y los suyos. Yo siempre supe que tenía madera. Si tuviésemos un solo crítico en Londres que valiera la pena... pero ¿qué se puede esperar? ¿Sabe, Alexander? —Mainhall miró perplejo el techo del coche y se frotó la mejilla sonrosada con el dedo enguantado—. A veces pienso en dedicarme yo a la crítica. En cierto modo, sería un sacrificio; pero necesitamos críticos.

Justo en ese momento llegaron al teatro Duque de York, así que Alexander no se creyó obligado a responder y se limitó a seguir a Mainhall. Cuando entraron en el palco de platea a la izquierda del escenario, hacía rato que había empezado el primer acto: la escena transcurría en el interior de una cabaña en el sur de Irlanda. En cuanto se sentaron, una salva de aplausos atrajo la atención de Alexander hacia el escenario. La señorita Burgoyne y su burro estaban asomando la cabeza por la puerta entreabierta. «Al fin y al cabo —pensó— hay pocas probabilidades de que me reconozca. Seguro que hace años que no ha pensado en mí.» Enseguida notó el entusiasmo del teatro, y al cabo de un momento se había dejado atrapar por el ímpetu de la irresistible comedia de MacConnell. Era evidente que el público sabía lo que había ido a ver, y cada vez que la harapienta muchacha y el burro pisaban el escenario se oía un profundo murmullo de reconocimiento, todo el mundo sonreía y se reía, y Mainhall acercó un poco más la silla maciza a la barandilla de bronce.

—¿Lo ve? —murmuró al oído de Alexander, cuando cayó el telón al concluir el primer acto—. Es muy difícil ver interpretar un papel así sin

afectación o sensiblería. Claro que Hilda es irlandesa, los Burgoyne llevan generaciones dedicados a las tablas, y tiene acento irlandés. Es delicioso oírlo en un teatro londinense. Y esa risa, cuando se ríe, ¿quién la oye fuera de Galway? Y eso que se reserva. Da lo mejor de sí en el segundo acto. Es el motivo poético de MacConnell; hace que todo parezca un cuento de hadas.

El segundo acto empezaba antes de la escena bajo tierra de Philly Doyle, cuando Peggy y su maltrecho burro van a pasar de contrabando un cargamento de *potheen*³ por la ciénaga, y a llevar noticias a Philly de lo que está ocurriendo en el mundo, y en las zanjas y los caminos nada más empezar el buen tiempo. Alexander, irritado por los suspiros y exclamaciones de Mainhall, la observó con interés agudo y un tanto escéptico. Tal y como había dicho Mainhall, ella era el segundo acto: la trama y el ambiente dependían de la ligereza de sus pasos, de la liviandad de su roce, de la picardía y la fantasía que se alternaban y a veces coincidían en sus alegres ojos castaños. Cuando empezó a bailar, para enseñarles a los chicos lo que había visto de noche en los círculos de las hadas, el público prorrumpió en un prolongado aplauso. Después del baile dejó de hablar y se retiró a la tapia de detrás de la zanja de Philly, donde se sentó a cantar *The Rising of the Moon* y a hacer una guirnalda de primulas para su burro.

Cuando terminó el acto, Alexander y Mainhall salieron al pasillo. Encontraron a muchos conocidos; Mainhall, de hecho, conocía a casi todo el mundo, y charló con incontinencia, moviendo la cabeza diminuta sobre el cuello de la camisa. Luego saludó a un hombre alto con barba, de ceño fruncido y aspecto un tanto desanimado, que llevaba el abrigo del brazo y el sombrero en la mano y daba la impresión de estar a punto de marcharse del teatro.

—MacConnell, deja que te presente al señor Bartley Alexander. ¡Oye, esta noche está yendo de maravilla, Mac! Y ¡qué publico! No volverás a escribir nada tan bueno, ya lo verás. Uno escribe al límite de su capacidad solo una vez.

El autor miró a Mainhall con curiosidad con los ojos hundidos y apagados e hizo una mueca.

—Y ¿he hecho esa tontería? —preguntó.

—Es lo que estaba diciendo —Mainhall se acercó un poco y bajó la voz hasta adoptar un tono claramente confidencial—. Y nunca sacarás nada mejor

de Hilda. Dios mío, Mac, la chica está insuperable.

MacConnell gruñó.

—Me conformo con que siga así y no nos deje tirados a mitad de temporada como es más que probable que haga.

Inclinó la cabeza un momento y se encaminó hacia la puerta, saludando a sus conocidos por el camino.

—Pobre Hugh —murmuró Mainhall—. Está muy desanimado. Lleva más de tres años intentando casarse con Hilda. Pero ella no quiere saber nada de nadie. Irene Burgoyne, una de su familia, me contó confidencialmente que estuvo enamorada de otro. Un compatriota tuyo, Alexander, dicho sea de paso; un estudiante norteamericano a quien conoció en París, creo. Me atrevería a decir que después no ha habido nadie. —Mainhall respondió de su constancia con una grandilocuencia que hizo sonreír a Alexander, incluso mientras lo recorría el cosquilleo de una fugaz emoción. Entornando los ojos por las luces, Mainhall añadió con su estilo mundano y alambicado—: Es una persona elegante y muy capaz de tener sentimientos así. Ahí viene sir Harry Towne. Otro que está loco por ella. Permita que les presente. Sir Harry Towne, el señor Bartley Alexander, el ingeniero norteamericano.

Sir Harry Towne inclinó la cabeza y dijo que había conocido al señor Alexander y a su mujer en Tokio.

Mainhall le interrumpió con impaciencia.

—La verdad, sir Harry, la muchacha lo está haciendo estupendamente esta noche, ¿verdad?

Sir Harry frunció juicioso el ceño.

—No sé, por primera vez esta noche el baile me ha parecido un poco artificial. Lo cierto es que la pobre está agotada. Westmere y yo hemos ido a verla después del primer acto y nos ha dado la impresión de que se sentía un tanto insegura. Tal vez sea un pequeño ataque de nervios.

Inclinó la cabeza cuando sonó la campanilla, y Mainhall susurró:

—Conocerá usted a lord Westmere, claro... es ese de bigote gris y un poco cargado de hombros que está hablando con lady Dowle. Lady Westmere le tiene mucho afecto a Hilda.

Cuando llegaron a su palco el teatro estaba a oscuras y la orquesta interpretaba *The Cloak of Old Gaul*. Al cabo de un momento, Peggy volvió a salir al escenario, y Alexander aplaudió vigorosamente como los demás.

Incluso se inclinó un poco sobre la barandilla. Por alguna razón se sentía complacido y halagado por el entusiasmo del público. En la penumbra contempló los palcos y las butacas y sonrió con cierta afectación al recordar divertido el ceño fruncido de sir Harry. Empezó a sentir un vivo interés por la esbelta muchacha del burro que entraba y salía cantando como quien recorre un sinuoso camino entre las montañas. Se inclinó y aplaudió tan calurosamente como el propio Mainhall cuando, al final de la obra, salió una y otra vez ante el telón, jadeante y un poco acalorada, con los ojos danzarines y la boca, nerviosa y anhelante, trémula de emoción.

En cuanto Alexander llegó a su hotel —se despidió de Mainhall a la puerta del teatro— pidió que le subieran la cena a la habitación y se fue a dormir tarde. No había vuelto a pensar en Hilda Burgoyne desde hacía años; de hecho, casi la había olvidado. La última vez le escribió desde Canadá, después de conocer a Winifred, diciéndole que todo había cambiado para él, que había conocido a una mujer con la que tenía intención de casarse si podía; y que, si no podía, todo habría cambiado aún más. Hilda no respondió a su carta. Él se sintió un tiempo culpable y triste por ella, pero cuando Winifred prometió casarse con él, olvidó del todo a Hilda. Lo de que todo había cambiado para él era cierto. Después de conocer a Winifred Pemberton, se veía como un hombre distinto. Una noche, sentado con Winifred en el puente, le dijo que habían ocurrido cosas cuando estudiaba en el extranjero de las que se arrepentía, sobre todo una, y le preguntó si quería saberlas. Ella se quedó pensando un momento y luego respondió: «No, creo que no, aunque me alegro de que me lo hayas preguntado. No se puede tener celos de las cosas en general, pero sí de las cosas concretas, definidas y personales —le puso las manos en los hombros con un gesto rápido e impulsivo—, ¡oh, de esas tendría muchos celos! Me torturaría... no podría evitarlo». Después fue fácil olvidar, olvidar de verdad. Esa noche le habría gustado saber, mientras se servía el vino, cuántas veces había pensado en Hilda en los últimos diez años. Había ido a Londres de vez en cuando, pero nunca había tenido noticias suyas. «De todos modos —alzó la copa—, brindo por ti, pequeña Hilda. Te has salido con la tuya, y nunca pensé que lo lograses.»

«Claro —pensó—, siempre tuvo esa combinación de sencillez y sensatez, con un punto de absurdo y locura. Pero nunca pensé que llegase a nada. En aquel entonces no tenía muchas ambiciones, y le preocupaban demasiado las

naderías. Debe de gustarle el teatro mucho más que antes. Tal vez tenga que estarme agradecida, después de todo. A veces un golpe así es beneficioso. Era alocada y generosa. Me alegro de que se haya mantenido firme. Al fin y al cabo éramos muy jóvenes. Fueron la juventud, la pobreza y la cercanía, todo era joven y amable. No me extrañaría que ahora pudiera reírse de todo conmigo. Aunque lo más probable es que se le haya subido el éxito a la cabeza y que no me gustase volver a verla.»

Bartley sonrió, bostezó y se fue a la cama.

CAPÍTULO III

La noche siguiente Alexander cenó solo en un club, y a eso de las nueve de la noche se pasó por el teatro Duque de York. Las entradas estaban todas vendidas y tuvo que ver de pie el segundo acto. Cuando volvió al hotel buscó en el directorio y descubrió que la señorita Burgoyne seguía teniendo las mismas señas en Bedford Square, aunque en otro número. Recordó que, hasta donde podía decirse que la habían criado, la habían criado en Bloomsbury. Su padre y su madre actuaban en provincias gran parte del año y la dejaban a menudo al cuidado de una vieja tía aquejada de reumatismo que había tenido que abandonar las tablas. En los días en que Alexander la conoció, Hilda siempre se las arreglaba para alojarse en Bedford Square, porque se aferraba con tenacidad a los recuerdos relacionados con ese lugar. La sala de las momias del Museo Británico había sido uno de los principales deleites de su infancia. Esa mole intimidante era su destino siempre que hacía novillos y a veces la llevaban allí como premio, igual que a otros niños los llevan al teatro. Hacía mucho que Alexander no pensaba en esas cosas, pero ahora las recordó de nuevo, y cobraron un significado que no habían tenido cuando se las contó con sus inquietos veinte años. Así que seguía en el barrio, cerca de Bedford Square. El número nuevo probablemente fuese indicio de una mayor prosperidad. Esperó que así fuese. Le habría gustado saber que estaba bien instalada. Miró su reloj. Eran las diez y cuarto; ella no volvería hasta pasadas un par de horas, así que podía dar un paseo y echarle un vistazo a la casa. Recordaba el camino más corto.

Hacía una noche cálida y neblinosa, con una luna sucia. Fue por Covent Garden hasta Oxford Street y al girar hacia Museum Street anduvo más despacio, divertido por su propio nerviosismo a medida que se acercaba a la hosca mole gris del fondo. De hecho no había vuelto a estar en el museo desde

que quedaba con Hilda allí; a veces para emprender alegres aventuras en Twickenham o Richmond, otras para merodear un rato y meditar ante los mármoles de Elgin⁴ sobre la duración de algunas cosas, o, en la sala de las momias, sobre la terrible brevedad de otras. Desde entonces, Bartley siempre había considerado el Museo Británico el depósito definitivo de la mortalidad, donde se juntaban todas las cosas muertas del mundo para hacer que las propias horas de juventud fuesen más preciosas. Uno temblaba por si pudieran escapársele antes de salir. ¡Y cómo ocultaba la juventud debajo del abrigo y se abrazaba a ella! Y qué gusto daba dar la espalda a ese frío abovedado, coger a Hilda del brazo y salir corriendo por la enorme puerta y bajar las escaleras hacia la luz de sol entre las palomas, saber que el calor y la vitalidad de su interior aún los acompañaban y que no se los habían robado para dar rubor a las magras mejillas de César o para henchir las venas de algún barbudo rey asirio. ¡En su época ellos habían llevado ese licor ardiente, pero hoy era suyo! Esa era la cantinela que se repetía las mañanas de verano hacía ahora doce años. Alexander anduvo en silencio, como si temiera despertar a alguien.

Cruzó Bedford Square y encontró el número que buscaba. La casa, cómoda y bien cuidada, estaba a oscuras excepto por las cuatro ventanas de la fachada del segundo piso, donde una luz tenue y uniforme brillaba detrás de los visillos de muselina blanca. Fuera había jardineras pintadas de blanco y llenas de flores. Bartley estaba dando la tercera vuelta a la plaza cuando oyó los cascotes del caballo de un coche de punto que circulaba deprisa. Miró su reloj y se sorprendió al ver que pasaban unos minutos de las doce. Se volvió y desanduvo el camino al lado de la verja de hierro mientras el coche llegaba a la casa de Hilda y se detenía. Debía de utilizar ese coche a menudo, porque no se detuvo a pagar al cochero. Se apeó deprisa y con ligereza. La oyó decir con alegría: «Adiós, cochero», mientras subía los escalones y abría la puerta con la llave. Al cabo de un instante, la luz se encendió detrás de los visillos blancos, y cuando se iba oyó levantarse una ventana. Pero estaba demasiado lejos para mirar sin darse la vuelta. Volvió a su hotel, con la sensación de haber disfrutado de una noche agradable, y durmió bien.

Los días siguientes estuvo muy ocupado. Se instaló en una mesa en el despacho de una empresa escocesa de ingeniería en Henrietta Street y se dedicó a trabajar casi sin parar. Evitó los clubes y cenó solo en su hotel. Una tarde, después de tomar el té, salió a pasear por Embankment hacia

Westminster, con la intención de terminar el paseo en Bedford Square y preguntarle a la señorita Burgoyne si le permitiría acompañarla al teatro. Pero no fue tan lejos. Al llegar a la abadía, dio media vuelta, cruzó el puente de Westminster y se sentó a ver encenderse con el atardecer el humo de detrás del Parlamento. Las esbeltas torres estaban bañadas de una lluvia de luz dorada y lamidas por pequeñas llamas parpadeantes; Somerset House y los pináculos grises y blanqueados de Whitehall flotaban en una neblina luminosa. La luz amarilla se colaba entre los árboles y las hojas parecían arder con un fuego lento. El olor a acacia se esparcía en el aire por todas partes, y los laburnos goteaban oro sobre las tapias de los jardines. Era una tarde veraniega dulce y solitaria. Recordar a Hilda como había sido era sin duda mucho mejor que verla como debía de ser ahora... y, en fin, se dijo Alexander, ¿qué estaba recordando sino sus propios años de juventud?

Volvió a Westminster, fue hasta el Temple y se sentó a fumar en los jardines de Middle Temple, oyendo la leve voz de la fuente y oliendo la fragancia de los sicomoros en el húmedo aire de la tarde. Allí sentado pensó en muchas cosas: en su propia juventud y en la de Hilda; sobre todo pensó en lo magnífica que había sido, en lo deprisa que había pasado y en la poca importancia que parecía tener todo lo demás. Nada de lo que había ganado le compensaba lo más mínimo. En los últimos seis años su reputación se había hecho, como suele decirse, popular. Cuatro años antes lo habían llamado a Japón para impartir, a petición del emperador, una serie de conferencias en la Universidad Imperial, y había puesto en marcha reformas en las islas, no solo en la construcción de puentes, sino en el drenaje y en la construcción de carreteras. A su regreso, había aceptado el encargo del puente de Moorlock, en Canadá, el ejemplo más importante de construcción de puentes del mundo en ese momento: una prueba de hasta dónde podían llevarse los últimos adelantos en estructuras de puentes. Era una empresa espectacular por su propio tamaño, y Bartley sabía que, hiciera lo que hiciera después, probablemente se le conocería siempre como el ingeniero que diseñó el gran puente de Moorlock, el mayor puente en voladizo existente. Sin embargo, para él era lo menos agradable que había hecho. Estaba atado de pies y manos por un encargo cicatero y se había visto obligado a utilizar un material estructural más liviano del que habría querido. También las obras en casa le estaban dando problemas. Tenía varios puentes en construcción en Estados Unidos que

siempre estaban retrasándose por las huelgas y las dificultades derivadas de la inquietud general de la industria.

Aunque se decía a menudo que nunca había dedicado más trabajo a su obra que en esos últimos años, tenía que admitir que nunca había sacado tan poco de ella. Y además estaba pagando el precio del éxito, con las exigencias sobre su tiempo de las juntas de las empresas públicas. Las obligaciones que le imponían la fortuna y la posición social de su mujer a veces robaban tiempo a un hombre de su profesión, y tenía que mostrar interés por muchas de las nobles empresas de ella y no solo por las suyas. Su existencia se estaba convirtiendo en una maraña de grandes y pequeños detalles. Él contaba con que el éxito le proporcionaría libertad y poder, pero solo le había proporcionado un poder que era en sí mismo otra forma de restricción. Siempre había querido conservar su libertad personal a toda costa, igual que había hecho el viejo MacKeller, su primer jefe, y, al contrario que tantos ingenieros estadounidenses, no convertirse en parte de un movimiento profesional, un cauteloso miembro del consejo, un *Nestor de pontibus*.⁵ Estaba ocupado con una obra de utilidad pública, pero no quería convertirse en lo que se conoce por un hombre público. Se encontró viviendo exactamente la vida de la que se había propuesto escapar. ¿Qué tenía que ver él, se preguntaba, con esos amables honores y esas comodidades materiales? Había soportado con entereza las privaciones y las dificultades; el exceso de trabajo no le había fatigado; pero esta calma chicha a mitad de su vida le asustaba. No estaba preparado. Era como estar enterrado vivo. En su juventud no había creído que algo así fuese posible. Lo único que había querido siempre era ser libre; y todavía había algo inconquistable en él, algo aparte del fuerte caballo de carga en que lo había convertido su profesión. Esta noche sentía claramente esa parte que había sobrevivido sin anquilosarse y que, según su experiencia, era mucho más preciosa que los honores o los éxitos. En todos esos fructíferos y ajetreados años no había habido nada tan bueno como ese momento de despreocupación. Esta sensación era la única felicidad que le parecía real, y estas horas eran las únicas en las que podía notar su propia y continua identidad, sentir al muchacho que había sido en los rudos días del viejo Oeste, al joven que había atravesado el océano en un barco de ganado y se había ido a estudiar a París sin un dólar en el bolsillo. El hombre que se sentaba en sus oficinas de Boston era solo una máquina poderosa. Y las actividades de esa

máquina estaban aniquilando y matando a la persona que creía ser en momentos como este. Recordó cómo, cuando era un crío y su padre lo despertaba por la mañana, se levantaba de la cama plenamente consciente de quién era. Esa conciencia era la Vida en sí misma. Cualquier otra cosa que ocupara su lugar —la acción, la reflexión, el poder del pensamiento concentrado— no eran más que funciones de un mecanismo útil para la sociedad; cosas que podían comprarse en el mercado. Solo había una cosa que tenía un valor absoluto para cada individuo, y era precisamente ese impulso original, ese calor interno, esa conciencia de uno mismo en su propio pecho.

Cuando Alexander volvió a su hotel, las luces rojas y verdes parpadeaban en los muelles de la otra orilla, y las estrellas blancas y suaves brillaban en el inmenso firmamento sobre el río.

La noche siguiente, y la siguiente, Alexander repitió este mismo absurdo proceder. Siempre salía dispuesto a encontrar a la señorita Burgoyne, y no pasaba del los jardines del Temple y de Embankment. Era una soledad agradable. Para un hombre tan poco dado a la reflexión, cuyos sueños siempre tomaban la forma de ideas definidas que se proyectaban hacia el futuro, había una seductora emoción en renovar viejas vivencias en la imaginación. Empezó a dar esos paseos sintiéndose un poco culpable, con un anhelo y unas expectativas curiosas totalmente compensadas por la soledad. Una soledad nada solitaria, pues iba hombro con hombro con un acompañante indefinido —no la pequeña Hilda Burgoyne, ni mucho menos, sino alguien mucho más querido de lo que lo había sido jamás ella—, su propio ser juvenil, el joven que le había esperado en las escaleras del Museo Británico esa noche, y que, aunque había intentado pasar sin hacer ruido, lo había reconocido y cogido del brazo.

Alexander no supo hasta mucho después que ese joven era el más peligroso de los acompañantes.

Un domingo por la noche, en casa de lady Walford, se encontró por fin con Hilda Burgoyne. Mainhall le había dicho que era probable que estuviera. La buscó un poco nervioso, y por fin la encontró al otro extremo del enorme salón, en el centro de un círculo de hombres jóvenes y viejos. Por lo visto les estaba contando alguna anécdota. Ellos se reían y se inclinaban hacia ella. En cuanto vio a Alexander se puso en pie y alargó la mano. Los demás se

apartaron para dejar que se acercara.

—¡Señor Alexander! Qué alegría. ¿Lleva usted mucho en Londres?

Bartley se inclinó con cierto esfuerzo sobre su mano.

—Lo bastante para haberla visto más de una vez. ¡Qué agradable es todo!

Ella se rió como si estuviese complacida.

—Me alegra que lo piense. A mí me gusta. ¿No quiere venir con nosotros?

—La señorita Burgoyne nos estaba hablando de un mulero a quien conoció en Galway —explicó sir Harry Towne cuando volvió a cerrarse el círculo. Lord Westmere se atusó el largo bigote blanco con la mano exangüe y miró a Alexander con gesto inexpresivo. Hilda era buena contando anécdotas. Estaba sentada al borde de la silla, como si acabara de posarse allí. Su vestido de satén color prímula parecía una suave funda para su figura esbelta y sutil, y la delicadeza del color encajaba con su pálida piel irlandesa y su pelo castaño. Llevase lo que llevase, la gente notaba el encanto de su cuerpo ágil y femenino, con sus caderas esbeltas y sus hombros rápidos y anhelantes. Alexander apenas prestó atención a lo que estaba contando, pero observó a Hilda con suma atención. Debía de tener, pensó, treinta años, y se alegró de comprobar que los años la habían tratado con tanta indulgencia. Si su rostro había cambiado era por un leve endurecimiento de la boca —que todavía le pareció lo bastante ávida para resultar a veces muy desconcertante— y por su aire de dominio y confianza en sí misma. También alzaba la cabeza con un poco más de decisión.

Cuando terminó de hablar, la señorita Burgoyne se volvió de pronto hacia Alexander y los otros se marcharon.

—Me pareció verte con Mainhall en el palco de MacConnell una noche, pero creí que debías de haberte marchado ya de la ciudad.

Lo miró con cordialidad y franqueza, como si de verdad fuese solo un viejo amigo al que se alegraba de ver.

—No, he estado fantaseando por ahí.

Hilda se rió de buena gana.

—¡Fantaseando! ¡Te imagino fantaseando! Debes de ser el hombre más ocupado del mundo. El tiempo y el éxito te han sentado bien. Estás más guapo que nunca y pareces más distinguido.

Alexander se ruborizó e hizo una reverencia.

—El tiempo y el éxito nos han tratado bien a ambos. ¿No estás muy contenta de cómo te ha ido?

Ella volvió a reírse y se encogió de hombros.

—Así, así. Pero quiero que me lo cuentes todo. Hace unos años leí en los periódicos las cosas tan maravillosas que hiciste en Japón y que el emperador te condecoró. ¿Qué fue? ¿Comandante de la Orden del Sol Naciente?⁶ Suenan como *El Mikado*.⁷ Y lo de tu nuevo puente... en Canadá, ¿no?, va a ser el más largo del mundo, tiene un nombre muy raro que no recuerdo.

Bartley negó con la cabeza y esbozó una sonrisa forzada.

—¿Desde cuándo te interesan los puentes? ¿O es que has aprendido a interesarte por todo y eso forma parte de tu éxito?

—¡Caramba, qué absurdo! ¡Como si no me hubiese interesado siempre por todo! —exclamó Hilda.

—Bueno, en cualquier caso, no creo que este sea un sitio para hablar de puentes. —Bartley miró la punta del zapato amarillo de la joven, que estaba dando golpecitos de impaciencia por debajo del dobladillo del vestido—. Pero espero que no te parezca impertinente que te pregunte si me permitirías ir a verte algún día y darte todos los detalles.

—Y ¿por qué iba a parecérmelo? Los domingos por la tarde viene mucha gente a verme.

—Lo sé. Mainhall se ofreció a acompañarme. Pero sabrás que he estado varias veces en Londres en los últimos años, y podrías pensar que justo ahora es un momento inoportuno...

Ella le interrumpió.

—Tonterías. Una de las cosas más agradables del éxito es que hace que la gente quiera ir a verte, si lo dices por eso. Soy como cualquier otra persona... es más agradable verme cuando me van bien las cosas. ¿No crees que me alegra hacer cosas que le gustan a la gente?

—¿Ah, sí? ¡Qué bien que te lo tomes así! Pero no querría que pensaras que quiero verte por eso —dijo muy serio y miró al suelo.

Hilda lo miró con los ojos abiertos de sorpresa un momento y luego soltó una risa divertida.

—Mi querido señor Alexander, tienes unos escrúpulos muy raros. Disculpa, pero por eso es exactamente por lo que quieres verme. Los dos lo

sabemos, ¿no es así?

Bartley pareció agitado y empezó a dar vueltas nervioso al anillo que llevaba en el meñique.

Hilda se inclinó en su asiento, y lo miró con indulgencia con sus ojos sagaces.

—Vamos, no te enfades, pero no intentes fingir conmigo ni ser lo que no eres. Si quieres venir a verme, me alegrará que estés orgulloso de ti. No intentes ocultarte detrás de una capa de humildad; no te favorece. Ven y no pongas excusas. No acostumbro a preguntar los motivos de mis invitados. No sería muy seguro, ni siquiera para lady Walford en una casa como esta.

—El domingo por la tarde, entonces —dijo Alexander, mientras ella se levantaba para ir a saludar a su anfitriona—. ¿A qué hora?

Ella le dio la mano, se ruborizó y se rió. Bartley se inclinó con cierta rigidez. Hilda se marchó del brazo de lady Walford, y él se quedó un tanto abatido mientras veía deslizarse por el suelo la cola amarilla del vestido. Tenía la sensación de no haber salido muy airoso del encuentro.

CAPÍTULO IV

El domingo por la tarde Alexander recordó la invitación de la señorita Burgoyne y se pasó por su casa. Le pareció un lugar coqueto y agradable y conoció a gente encantadora. Hilda vivía sola, atendida por una guapa y competente criada francesa que les abrió la puerta y les sirvió el té. Alexander llegó pronto, y a lo largo de la tarde pasaron por allí unas veintitantas personas. Hugh MacConnell llegó con su hermana y estuvo sosteniendo con torpeza la taza de té y mirando a todo el mundo con los ojos hundidos y apagados. Parecía haberse esforzado en vestir con pulcritud, y su hermana, una mujer corpulenta, rubicunda y jovial, miraba con aprensión su ropa recién arrugada. De hecho no pasó mucho tiempo antes de que la chaqueta le colgara con desánimo de los hombros escuálidos, y el pelo y la barba estaban tan enmarañados como si hubiese salido del centro de una tormenta. Su humor seco estaba cubierto por una nube de amabilidad despistada que, según explicó Mainhall, siempre le sorprendía cuando estaba allí. Nunca era tan ingenioso ni tan agudo aquí como en cualquier otro sitio y Alexander pensó que se comportaba como si fuese un pariente anciano en la fiesta de una jovencita.

El director de una revista mensual se presentó con su mujer, y lady Kildare, la filántropa irlandesa, llevó a su joven sobrino, Robert Owen, que había llegado de Oxford y estaba visiblemente emocionado y agradecido de ser presentado a la señorita Burgoyne. Hilda fue muy amable y él se sentó al borde del asiento, ruborizado por el esfuerzo de conversar y moviendo nervioso la barbilla por encima del cuello de la camisa. Sarah Frost, la novelista, se presentó con su marido, un anciano erudito muy plácido y jovial, y un poco desquiciado si se hablaba de la cuarta dimensión. En cualquier otra cuestión era totalmente racional y tenía una conversación agradable y

placentera. Se parecía mucho a Agassiz⁸, y su mujer, con su anticuado vestido de seda negra de falda larga y mangas estrechas, le recordó a Alexander a los primeros retratos de la señora Browning⁹. Hilda parecía tener especial afecto a esta peculiar pareja, y al propio Bartley le agradó tanto su sosegada y sesuda conversación que se fue a la vez que ellos, y los acompañó hasta Oxford Street, donde esperaron juntos el autobús. Le invitaron a ir a verlos a Chelsea, y hablaron con cariño de Hilda.

—Es una joven encantadora que no parece de este mundo —dijo con aire ausente el filósofo—, igual que los actores de mi juventud: personas sencillas. Ya no quedan muchos así. Me temo que las giras por el país los echan a perder. Se vuelven resabiados. Me da a mí que Lamb¹⁰ no les tendría mucho afecto.

Alexander volvió a Bedford Square otro domingo por la tarde. Tuvo una larga conversación con MacConnell, pero no pudo hablar con Hilda a solas, y se marchó un tanto decepcionado. El resto de la semana estuvo inquieto y nervioso, y se dio prisa con el trabajo como si estuviese preparándose para partir enseguida. El jueves por la tarde se salió de una reunión del comité, subió a un coche de punto y fue a Bedford Square. Entregó su tarjeta, pero se la devolvieron con un mensaje escrito en ella.

Siento mucho no poder verte. ¿Te apetece cenar conmigo el domingo por la noche a las siete y media?

H. B.

Cuando Bartley llegó a Bedford Square el domingo por la tarde, Marie, la guapa muchacha francesa, salió a recibirle y lo acompañó arriba. Hilda estaba escribiendo en su salón, a la luz de una alta lámpara de escritorio. Bartley reconoció el vestido de satén color primula que había llevado la primera noche en casa de lady Walford.

—Me alegra que me consideres digno de ese vestido amarillo —dijo, cogiéndola de la mano y mirándola admirado desde la punta de los zapatos de color amarillo canario hasta el pelo castaño con raya en medio—. Sí, es muy, muy bonito. Todo el mundo en casa de lady Walford lo admiró.

Hilda hizo una reverencia.

—¿Por eso te gusta? Esta vez no llevo vestidos elegantes en la obra de

Mac, así que puedo permitirme tener alguno para mí. Gracias a eso puedo invitarte a cenar. Marie no tiene que vestirme esta temporada, así que cuida de la casa, y la joven de Galway se ha ido a casa de visita. No podría haberte invitado con Molly por aquí: recuerdo que no te gusta la cocina inglesa.

Alexander deambuló por el saloncito, mirándolo todo.

—No he tenido ocasión de decirte lo mucho que me gusta tu casa. ¿De dónde son esos esbozos? Son muy peculiares, ¿no te parece?

—Lady Westmere me los envió desde Roma las navidades pasadas. Le interesa mucho el artista estadounidense que los hizo. Son bosquejos hechos en la Villa d'Este. Pintó el grupo de cipreses para el Salon¹¹, y lo compraron para el Luxembourg.

Alexander recorrió las librerías.

—Lo que me gusta es el conjunto. No hay nada que desentone. Esta noche me gusta especialmente. Y tienes muchas flores. Me encantan estos iris amarillos.

—Las habitaciones siempre tienen mejor aspecto a la luz de las lámparas... al menos en Londres. Aunque Marie es muy limpia... muy limpia, como todos los franceses. ¿Por qué miras las flores con ese gesto tan crítico? Las ha comprado Marie en el mercado de Covent Garden ayer por la mañana.

—Me alegra —dijo con sencillez Alexander—. No te imaginas cuánto me alegra verte tan bien instalada, y que todo el mundo diga maravillas de ti. Tienes muy buenos amigos —añadió con humildad, mientras cogía un elefantito de jade del escritorio—. Todos te son leales, hasta Mainhall. No hablan de nadie como de ti.

Hilda se sentó en el sofá y dijo muy seria:

—Y además tengo una bonita suma en el banco, y una cabaña en Galway. No vale gran cosa, pero me encanta. Me las he arreglado para ahorrar un poco cada año, y eso ayudando a mis tres hermanas de vez en cuando y al pobre primo Mike cada vez que pasa una mala racha. Tiene mucho talento, pero bebe y pierde más encargos de los que consiguen muchos. Y también he viajado un poco.

Marie abrió la puerta y anunció sonriente que la cena estaba servida.

—Mi comedor —se excusó Hilda, mientras le acompañaba— es el más pequeño que jamás hayas visto. —Era un salón diminuto, con las paredes cubiertas de estampas francesas, sobre las que había un estante lleno de

porcelanas. Hilda reparó en que Alexander alzaba la vista para observarlas—. No son particularmente raras —dijo—, pero algunas eran de mi madre. Dios sabe cómo se las arreglaría para que no se le rompieran en nuestros vagabundeos, o en qué cestas y bultos y baúles del teatro no las guardaría. Cuando era niña siempre tomábamos el té en esas tacitas azules, a veces en los sitios más extraños, y a veces encima de un baúl en el teatro... teatros muy peculiares, dicho sea de paso.

Fue una cena exquisita. Sopa de berros, lenguado y una deliciosa tortilla de setas con trufa, pato con alcachofas y un vino blanco seco del Ródano que a Bartley siempre le había gustado. Lo probó con gusto y afirmó que seguía sin encontrar ninguno que le gustara más.

—También tengo champán. Yo no bebo, pero me gusta mirar cuando lo sirven. No hay nada con un aspecto tan alegre.

—Te lo agradezco, pero no me gusta tanto como esto. —Bartley sostuvo el vino blanco contra la luz y entornó los ojos mientras hacía girar la copa despacio—. Dices que has viajado. ¿Has ido mucho a París estos últimos años?

Hilda bajó con cuidado la pantalla de una de las velas.

—¡Oh, sí, voy a París con frecuencia! Ha habido algunos cambios en el viejo barrio¹². La buena de madame Anger murió... aunque no sé si te acordarás de ella.

—¡Que sí me acuerdo! Lo siento mucho. ¿Qué tal le fue a su hijo? Recuerdo cómo ahorrraba ella para pagarle los estudios, y que él siempre se quedaba en la cama hasta las diez. Era el tipo más perezoso de la escuela de Beaux Arts; y eso es decir mucho.

—Bueno, sigue siendo inteligente y vago. Dicen que es buen arquitecto, cuando se digna trabajar. Es un tipo guapo y grandullón, y odia a los norteamericanos tanto como siempre. Pero Angel... ¿te acuerdas de Angel?

—Claro. ¿Volvió a Bretaña y a sus *bains de mer*?¹³

—Ah, no. ¡Pobre Angel! Se cansó de cocinar y de fregar los cacharros en la cocina de madame Anger y se fugó con un soldado, y luego con otro soldado. ¡Mala suerte! Aún vive en el barrio, y, aunque siempre hay por medio un *soldat*, se ha convertido en *blanchisseuse de fin*.¹⁴ La última vez que estuve allí me dejó las blusas impecables y se alegró mucho de verme. Le regalé toda mi ropa vieja, hasta los sombreros le di, aunque ella siempre lleva el tocado

bretón.

Bartley miró a Hilda a través de la luz amarillenta de las velas y soltó una risa apagada y feliz.

—¡Qué alegría cuando éramos jóvenes, Hilda! ¿Te acuerdas del primer paseo que dimos en París? Fuimos hasta la Place Saint-Michel a comprar unas lilas. ¿Recuerdas lo bien que olían?

—Pues claro. Ven, tomaremos el café en el otro cuarto, y así podrás fumar.

Hilda se levantó a toda prisa, como si quisiera cambiar el rumbo de la conversación, pero a Bartley se le antojó continuarla.

—Hacía una tarde primaveral muy cálida y agradable —continuó, cuando se sentaron en el estudio con el café en una mesita entre los dos—; y el cielo, sobre los puentes, era del mismo color que las lilas. Estuvimos paseando por la orilla del río, ¿no?

Hilda se rió y lo miró con aire inquisitivo. Él vio un brillo en sus ojos que recordaba aún mejor que el episodio del que hablaba.

—Creo que sí —respondió ella con recato—. En el Quai vimos a aquella mujer que lloraba con tanta amargura. Recuerdo que le regalé un ramito de lilas y que tú le diste un franco. Me asustó tu generosidad.

—Debía de ser mi último franco. Tenía la cara muy morena, y muy trágica. Nos miró con desesperación y angustia por debajo del chal negro. No quería ni flores ni dinero, solo nuestra juventud. Recuerdo que es lo que pensé. Le habría dado un poco de haber podido. En aquel entonces tenía de sobra —murmuró Bartley y miró pensativo su cigarro.

Los dos recordaron lo que les dijo la mujer al aceptar el dinero: «¡Que Dios les dé un amor feliz!». No lo dijo en el típico tono adulator de una mendiga, sino que salió del hondo dolor de aquella criatura desdichada, vibrante de piedad por su juventud y de desesperanza por lo terrible de la vida humana, con la angustia de una voz profética. Hasta que les habló, Bartley no reparó en que estaba enamorado. La extraña mujer y esa frase que resonó tan seca les asustaron a ambos. Volvieron a casa tristes con las lilas, de vuelta a la Rue Saint-Jacques, andando muy despacio, cogidos del brazo. Cuando llegaron a la casa donde se alojaba Hilda, Bartley cruzó el patio con ella y subieron por las viejas y oscuras escaleras hasta el tercer rellano; y allí la besó por primera vez. Recordaba que había cerrado los ojos para infundirse valor y que ella había temblado tan...

Bartley se sobresaltó cuando Hilda tocó la campanilla que tenía al lado.

—Vaya, ¿por qué has hecho eso? Casi me había olvidado... Estaba otra vez allí. Era muy agradable —murmuró con indolencia, cuando entró Marie a llevarse la bandeja del café.

Hilda se rió y fue al piano.

—Bueno, ninguno de los dos tenemos ya veinte años. ¿Te he hablado de mi nueva obra de teatro? Mac está escribiendo una; esta vez para mí de verdad. Ya verás, tendré mucho éxito.

—Ya lo estoy viendo. ¿Qué clase de papel es? ¿Llevarás vestidos amarillos? Espero que sí.

Estaba contemplando su esbelta figura, allí de pie al lado del piano, rebuscando entre las partituras, y sintió la energía de todas sus líneas.

—No, no es un papel muy elegante. Por lo visto no me imagina con oropeles. Dice que debería estar cuidando los cerdos en casa, y supongo que tiene razón. Pero me ha dado algunas canciones irlandesas muy bonitas. Escucha.

Se sentó al piano y cantó. Cuando terminó, Alexander se obligó a salir de su ensoñación.

—Canta *The Harp That Once*¹⁵, Hilda. Antes la cantabas muy bien.

—Tonterías. Canto como me enseñaron mi madre y mi abuela, claro. Hoy en día la mayoría de las actrices aprenden a cantar como es debido, así que probé con un profesor; pero ¡solo sirvió para confundirme!

Alexander se rió.

—Da igual, cántala, Hilda.

Hilda se levantó de la banqueta y se dirigió inquieta a la ventana.

—Hace demasiado calor en este cuarto para cantar. ¿No te parece?

Alexander fue con ella y abrió la ventana.

—¿No te da miedo coger frío en la garganta? ¿Te traigo un pañuelo o alguna cosa?

—¡Una actriz tener miedo de las corrientes de aire! —se rió Hilda—. Pero tal vez, como estoy tan acalorada... déjame tu pañuelo. Aquí, justo delante. —Él pasó las esquinas del pañuelo por debajo de los tirantes del vestido—. Eso es. Parece un babero. —Hilda le apartó la mano enseguida y se quedó mirando la plaza vacía—. ¿No crees que los domingos por la noche Londres parece una

tumba?

Alexander notó la agitación de su voz. Se puso detrás de ella, intentó tranquilizarse y dijo:

—Es una noche cálida y neblinosa. Mira lo blancas que están las estrellas.

Ni Hilda ni Bartley dijeron nada en un buen rato. Se quedaron cerca el uno al lado del otro, contemplando el cielo acuoso y desvaído, respirando de forma cada vez más leve y rápida, y fue como si todos los relojes del mundo se detuvieran. De pronto él movió la mano cerrada que tenía a la espalda y la puso en el costado. Notó que un temblor recorría a la esbelta figura vestida de amarillo que tenía delante.

Ella se quitó el pañuelo del cuello y se lo lanzó sin volverse.

—Toma, llévatelo. Tienes que irte, Bartley. Buenas noches.

Bartley se inclinó sobre su hombro, sin tocarla, y le susurró al oído:

—¿Me estás dando una oportunidad?

—Sí. Aprovéchala y vete. Sabes que esto no está bien. Buenas noches.

Alexander dejó de apretar los puños. Con una mano bajó la ventana y con la otra —todavía detrás de ella— acercó a Hilda hacia él.

Ella soltó un gritito, alzó los brazos por detrás de la cabeza y acercó su rostro al suyo.

—¿Dejarás que te quiera un poco, Bartley? —susurró.

CAPÍTULO V

Era la tarde de antes de Nochebuena. La señora Alexander se había pasado la mañana yendo de aquí para allá, dejando regalos en casa de sus amigos. Comió sola y, al levantarse de la mesa, le dijo al mayordomo:

—Thomas, voy a la cocina a ver a Norah. Dentro de media hora sube del sótano las plantas de adorno y déjalas en la biblioteca. El señor Alexander llegará a casa a las tres y las colgará él mismo. No olvides la escalera y muchos clavos y cuerdas. Puedes llevar las azaleas arriba. Deja la blanca en el estudio del señor Alexander. Pon las dos rosas en su cuarto y la roja en el salón.

Poco antes de las tres en punto, la señora Alexander fue a la biblioteca para comprobar que todo estaba dispuesto. Subió las cortinas porque el tiempo estaba oscuro y tormentoso y había poca luz incluso en la calle. Por la mañana habían caído treinta centímetros de nieve y el río estaba cubierto de copos alrededor de los bloques de hielo flotantes. Winifred estaba de pie al lado de la ventana cuando oyó abrirse la puerta principal. Corrió al vestíbulo y vio a Alexander que entraba a grandes zancadas, cubierto de nieve. La besó muy contento y le quitó la nieve que le había caído en el pelo.

—Ojalá te hubiese pedido que vinieses a buscarme al despacho y hubiéramos venido dando un paseo, Winifred. El prado está precioso. Los chicos han quitado la nieve y están patinando como posesos. ¿Han llegado los ciclámenes?

—Hace una hora. ¡Son espléndidos! Pero ¿no es demasiado derroche?

—Estamos en Navidad. Subiré a cambiarme de chaqueta. Enseguida bajo. Di a Thomas que lo disponga todo.

Cuando volvió Alexander, cogió a su mujer del brazo y fue con ella a la

biblioteca.

—¿Cuándo han llegado las azaleas? Thomas ha puesto la blanca en mi cuarto.

—Se lo dije yo.

—Pero ¡caramba, si es la más bonita de todas!

—Por eso se lo dije. En ese cuarto hay demasiado color para una roja.

Bartley empezó a colocar las plantas.

—Queda muy bien, pero me siento un poco egoísta teniéndola yo. Bueno... en realidad pasamos más tiempo allí que en ningún otro sitio de la casa. ¿Te importa pasarme el acebo? —Subió a la escalera, que crujió bajo su peso, y empezó a enredar los duros tallos del acebo en el bastidor de la araña—. Olvidaba decirte que he recibido una carta de Wilson esta mañana, explicando su telegrama. Viene porque un viejo tío suyo de Vermont ha muerto y le ha dejado una pequeña cantidad, unos diez mil. Viene a arreglar los papeles de la herencia. ¿No crees que será un placer tenerlo aquí?

—¡Qué bien que haya heredado un poco de dinero! Ya lo imagino bajando por State Street camino de las oficinas del vapor: hará muchos viajes con esos diez mil. ¿Qué se lo impide? Lo esperaba a la hora de comer.

—Esos trenes de Albany siempre van con retraso. Llegará por la tarde. Y ahora, ¿no quieres subir a tumbarte una hora? Has tenido una mañana muy ocupada y no quiero que estés cansada esta noche.

Cuando se marchó su mujer, Alexander siguió colocando las plantas con energía. Luego, mientras cortaba un trozo de cordel, suspiró de pronto, se sentó y miró la nieve por la ventana. La animación desapareció de su rostro, pero en sus ojos perduró una luz inquieta, un aire de aprensión y nerviosismo. Empezó a cerrar y abrir los puños como si estuviese intentando comprender algo. Las manecillas del reloj avanzaron media hora y fuera la tarde se fue enturbiando y oscureciendo. Alexander no había cambiado de postura desde que se sentó. Se inclinó hacia delante con las manos entre las rodillas, casi sin respirar, como al margen de lo que le rodeaba, de la sala, y de la misma silla, de todo excepto de los bruscos torbellinos de nieve sobre el río que sus ojos contemplaban con una intensidad febril, como si intentara proyectarse hasta allí. Cuando por fin anunciaron la llegada de Lucius Wilson, Alexander se puso en pie de un salto y corrió a recibir a su antiguo profesor.

—Hola, Wilson. ¡Menuda suerte! Ven a la biblioteca. Esta noche tenemos

muchos invitados a cenar y Winifred ha ido a acostarse un rato. La disculparás, ¿verdad? Y tú ¿qué tal? Siéntate y cuéntamelo todo.

—Creo que prefiero seguir de pie, si no te importa. Tengo la sensación de llevar una semana sentado en el tren. —Wilson se quedó al lado del fuego con las manos detrás y contempló el salón—. Veo que has estado ocupado. Bartley, si me hubiesen dado a elegir dónde pasar las navidades, sin duda habría elegido tu casa. Las personas felices son muy beneficiosas para sus amistades. Una casa como esta despide calor. Lo noté con claridad mientras atravesaba los Berkshires. Apenas podía creer que fuese a volver a ver tan pronto a la señora Bartley.

—Gracias, Wilson, ella también se alegrará de verte. ¿Quieres tomar el té ahora? Llamaré a Thomas para que despeje esto. Winifred dice que siempre dejo la casa hecha un desastre cuando hago alguna cosa. Estoy bastante cansado. Es como si no estuviese acostumbrado a trabajar, ¿verdad? —Alexander se rió y se desplomó en el asiento—. Cojo el barco al día siguiente de Año Nuevo.

—¿Otra vez? Caramba, has estado dos veces desde que vine a veros en primavera, ¿no?

—¡Oh!, estuve en Londres unos diez días en verano. Fui más para escaparme del calor que para otra cosa. Esta vez no estaré más de un mes. Winifred y yo hemos pasado casi todo el otoño en Canadá. Ese puente de Moorlock es un quebradero de cabeza. Ningún trabajo me había traído tantas complicaciones.

Alexander se removió inquieto y empezó a atizar el fuego.

—¿No he leído en los periódicos que hay un puente costero tuyo en Nueva Jersey que está dando problemas?

—¡Bah!, no es nada. Se ha retrasado por la huelga del acero. Es un incordio, claro, pero con esas cosas hay que contar. En cambio lo del puente de Moorlock es un sin vivir. Verás, lo cierto es que estamos construyendo al límite. Me han escatimado mucho los costes. Si acaba bien será una suerte, pero estos cálculos nunca se han utilizado en una obra de esa longitud. De todos modos, no hay nada que hacer. Lo quieren a la misma escala que he utilizado en puentes más cortos. Lo último que le interesa a un comité es qué clase de puente vas a construir.

Cuando Bartley terminó de vestirse para cenar fue a su estudio, donde encontró a su mujer colocando unas flores en su escritorio.

—Acaban de llegar estas rosas de la señora Hastings —dijo, sonriendo—, y estoy segura de que son para ti.

Bartley miró complacido las plantas y las guirnaldas de las ventanas.

—¿Tienes un momento, Winifred? Acabo de darme cuenta de que estas son nuestras duodécimas navidades juntos. ¿Te das cuenta? —Fue a la mesa, apartó las manos de ella de las flores y se las secó con el pañuelo—. Han sido muy felices, ¿no crees? —La abrazó y se echó hacia atrás, levantándola un poco y dándole un largo beso—. Eres feliz, ¿verdad, Winifred? Lo que más deseo en este mundo es que seas feliz. A veces, últimamente, tengo la impresión de que parece preocupada.

—No; solo me preocupo cuando te veo a ti agobiado y angustiado, Bartley. Ojalá estuvieses siempre como esta noche. Pero no siempre lo estás.

Lo miró muy seria a los ojos.

Alexander cogió las manos que ella le había puesto en los hombros y las balanceó entre las suyas, soltando una risotada rubia.

—Me hago mayor, cariño; eso es lo que notas. ¿Puedo enseñarte una cosa? Quería esperar a mañana, pero prefiero que te los pongas esta noche.

Sacó una cajita de cuero del bolsillo y la abrió. Sobre el terciopelo blanco había dos largos pendientes de filigrana de oro y perlas engarzadas. Winifred miró la cajita y a Bartley y exclamó:

—¿Dónde has encontrado un oro trabajado así, Bartley?

—Es flamenco antiguo. ¿Te gusta?

—Son preciosos, cariño. Pero sabes que nunca llevo pendientes.

—Sí, sí, lo sé. Pero quiero que te los pongas. Siempre he querido. Muy pocas mujeres pueden llevarlos. Para empezar hace falta tener orejas bonitas, y una nariz —hizo un ademán— irreprochable. La mayoría de las mujeres parecen tontas con ellos. Solo quedan bien en caras como la tuya, muy, muy orgullosas y un poco duras.

Winifred se rió al ir al espejo y ajustar el delicado cierre al lóbulo de la oreja.

—¡Ay, Bartley, siempre con esa bobada de que soy dura! De verdad que me ofende. Pero ahora tengo que bajar. Está empezando a llegar la gente.

Bartley le pasó la mano por el cuello y fue a la puerta con ella.

—Dura conmigo no, Winifred —susurró—. Nunca, nunca dura conmigo.

Cuando lo dejó solo, empezó a ir y venir por su estudio. Volvía a estar en casa, entre todas las cosas queridas y familiares que le hablaban de tantos años felices. Esta noche estaría llena de personas encantadoras que lo querían y admiraban. No obstante, todo el tiempo, por debajo del placer, la esperanza y la alegría, era consciente de la vibración de una emoción artificial. En mitad de esta luz, calor y amistad, a veces se sobresaltaba y estremecía, como si alguien hubiese pisado su tumba. Algo se había liberado en su interior, algo hosco y poderoso, que se retorció y le torturaba. A veces caía despacio sobre él con desquiciantes ensoñaciones. Otras le golpeaba como el cañón que rueda en la bodega del barco. Ahora siempre le embargaba una sensación de vida acelerada, de peligro estimulante. Esta noche le acometió de pronto, mientras andaba, cuando se fue su mujer. Parecía imposible; no podía creerlo. Miró suplicante hacia la puerta, como para pedirle que volviera. Oyó voces abajo en el vestíbulo, y supo que tenía que bajar. Fue hasta la ventana y contempló las luces al otro lado del río. ¿Cómo podía ocurrir esto aquí, en su propia casa, entre las cosas que amaba? ¿Qué era lo que le asaltaba e incitaba desde la oscuridad? Ahora tenía la sensación de que nunca escaparía. Cerró los ojos y apretó la frente contra el frío cristal de la ventana, respirando el frío que emanaba de él.

—Que esto —gimió—, que esto haya tenido que pasarme a mí.

El día de Año Nuevo empezó un deshielo y estuvo lloviendo a cántaros toda la noche. Por la mañana, la mañana de la partida de Alexander a Inglaterra, el río amaneció cubierto de niebla y la lluvia golpeaba con fuerza los cristales del salón del desayuno. Alexander había terminado de desayunar e iba y venía por el cuarto. Su mujer, sentada a la mesa, lo observaba. Estaba pálida y con una extraña calma. Cuando Thomas les llevó las cartas, Bartley se desplomó en su sillón y las hojeó a toda prisa.

—Hay una nota del viejo Wilson. Está ya de vuelta en el trabajo y dice que lo pasó muy bien. «El recuerdo de la señora Bartley hará que todo mi invierno sea fragante.» Típico de él. Seguirá disfrutando de ti al lado de la chimenea de su estudio. ¡Qué hombre tan contemplativo! —Bartley suspiró, apartó las cartas con impaciencia y fue hasta la ventana—. Qué día más desagradable

para embarcar. Estoy tentado de dejarlo correr. Ya habrá tiempo la semana que viene.

—Así tendrías que irte dos veces. No serviría de nada —dijo consolándolo la señora Alexander—. Y llegarías tarde a todos tus compromisos.

Bartley agitó unas monedas sueltas que llevaba en el bolsillo.

—Ojalá pudiera descansar. Estoy harto de trabajar. Harto de la gente, harto de ir de aquí para allá.

Contempló el río azotado por la tormenta.

Winifred fue detrás de él y le puso una mano en el hombro.

—¡Pobre Bartley, siempre dices lo mismo! En el fondo te gusta. ¿No lo recuerdas?

Él le pasó el brazo por encima.

—Aun así, para algunos la vida discurre sin contratiempos, y yo siempre estoy poniendo parches. Es como la canción: la paz está allí donde no estoy. ¿Cómo puedes afrontarlo con tanta entereza?

Ella lo miró con esa mirada cristalina que Wilson había admirado tanto y que le daba la impresión de una gran confianza y un orgullo intrépido.

—¡Oh, lo afronté hace mucho tiempo, cuando hiciste tu primer puente, en la vieja Allway! ¡Supe que tu camino no sería apacible, pero decidí que quería seguirlo!

Los dos guardaron silencio un buen rato, el fuego chisporroteaba en la chimenea, la lluvia golpeaba insistente el cristal de la ventana y la adormilada gata de Angora los miraba con curiosidad.

Poco después, Thomas llamó con discreción a la puerta.

—¿Quiere que Edward baje los baúles, señor?

—Sí; ya están listos. Dile que no olvide la cartera que hay en la mesa del estudio.

Thomas se marchó y cerró la puerta despacio. Bartley se apartó de su mujer, sin soltarla de la mano.

—Nunca es más fácil, Winifred.

Los dos se sobresaltaron al oír el ruido del carruaje en la calzada. Alexander se sentó y apoyó la cabeza en la mano. Su mujer se inclinó hacia él.

—Valor —dijo con alegría. Bartley se puso en pie y tocó la campanilla.

Thomas le llevó el bastón, el sombrero y el gabán. Al verlo, la desdeñosa gata de Angora se movió inquieta, dejó su cojín rojo al lado del fuego y se acercó moviendo la cola, molesta por estos ominosos indicios de cambio. Alexander se agachó para acariciarla, luego se embutió en el abrigo y se puso los guantes. Su mujer le dio el bastón, sonriente. Bartley sonrió también y sus ojos se despejaron.

—Trabajaré como un demonio, Winifred, y volveré a casa antes de que te des cuenta de que me he ido. —La besó varias veces, salió a toda prisa bajo la lluvia y la saludó con un gesto desde la ventanilla del carruaje mientras el cochero despertaba a los caballos negros tristes y chorreantes. Alexander se sentó con las manos cerradas sobre las rodillas. Cuando el carruaje subió por la pendiente subió una mano y volvió a bajarla con violencia—. ¡Esta vez —dijo en voz alta con los dientes apretados—, esta vez le pondré fin!

La tarde del tercer día en alta mar, Alexander estaba sentado a proa, en la amura de barlovento donde apenas había algunas tumbonas, envuelto en las mantas y con el cuello del abrigo de piel subido por encima de las orejas. Hasta entonces el tiempo había sido seco y frío. Llevaba dos horas observando el cielo encapotado y sucio y el golpear de la intensa lluvia sobre el mar de color de hierro. Un oleaje largo y untuoso hacía difícil moverse. Las cubiertas olían a lana mojada, y el aire estaba tan cargado de humedad que tenía el pelo y el bigote empapados de gotas. Apenas se movía excepto para enjugárselas. Los grandes espacios le inspiraban pasividad y la inquietud del agua le sosegaba. Había pensado aprovechar el viaje para decidir qué hacer, pero lo pospuso de momento y se sumió en un olvido dichoso y gris. En lo más profundo de su ser su resolución se debilitaba y se reforzaba, subía y bajaba como la marea. El motivo de su inquietud continuaba firme como su pulso, pero apenas reparaba en él. Se hallaba inmerso en la grisura vasta e impersonal que le rodeaba, y a ratos el oleaje en el costado del barco marcaba el tiempo como el tictac de un reloj. Se sentía liberado de todo lo que le preocupaba y confundía. Era como si hubiese engañado y burlado a unos recuerdos que lo torturaban, como si se las hubiese arreglado para subir a bordo sin ellos. No pensaba en nada. Si algún rostro cruzaba de vez en cuando su imaginación en mitad de aquella grisura, era el de Lucius Wilson, o el de un viejo compañero de colegio, olvidado desde hacía años; o el esbelto perfil de

un galgo con el que iba a cazar conejos cuando era niño.

A eso de las seis en punto se levantó un viento que agitó la lona alquitranada y aumentó el oleaje. Después de cenar, Alexander volvió a la húmeda cubierta, se arrebujo una vez más entre las mantas y se puso a fumar, perdiéndose en la negrura que todo lo borraba y dormitando bajo la fuerza del viento. Antes de bajar, unas pocas estrellas brillantes quedaron ocultas por las nubes que se movían lentamente.

A la mañana siguiente el día amaneció luminoso y suave, con una brisa fresca. Alexander notó la necesidad de hacer ejercicio incluso antes de salir del camarote. Cuando salió a cubierta, el cielo era azul y cegador y por él pasaban a toda prisa marcados jirones de nubes blancas con los bordes de color humo. El mar estaba picado, de un frío color índigo con olas coronadas de espuma. Bartley anduvo un par de horas y luego se tendió al sol hasta la hora de comer.

Por la tarde escribió una larga carta a Winifred. Luego, mientras andaba por cubierta, bajo un espléndido atardecer dorado, su ánimo mejoró. Era agradable volver a ser él mismo después de varios días de entumecimiento y torpor. Estuvo fuera hasta que el último tono violeta desapareció del agua. Cuando se sentó a cenar y pidió una botella de champán, tenía literalmente el sabor de la vida en los labios. Cenó despacio y bebió más vino de lo que tenía pensado. Cuando subió, el viento había arreciado y la cubierta estaba casi desierta. Al salir, una racha le levantó hasta los hombros el grueso abrigo de piel. Se abrió paso hasta cubierta con un intenso regocijo. Justo cuando llegaba, casi sin aliento, a resguardo de la popa, el viento cesó y notó una vaharada de aire caliente y una sensación de camaradería íntima y cercana. Dio un paso atrás y se abrió el abrigo como si algo cálido estuviese trepando de verdad por él, corrió a cubierta y entró en el salón, lleno de mujeres que se habían refugiado del viento. Se volcó en ellas. Estuvo encantador con las mayores y tocó acompañamientos para las más jóvenes hasta que la última muchacha soñolienta se retiró con su madre. Luego fue al salón de fumadores. Estuvo jugando al bridge hasta las dos de la mañana, y se las arregló para perder una considerable suma de dinero sin darse cuenta.

Cuando despuntó el día a la mañana siguiente el tiempo fue bueno y aburrido. El cielo nublado se despejó un poco, la blanca y pálida mancha del sol arrojó tan solo un lustre azulado sobre el agua que le dio el brillo oscuro

del plomo recién cortado. Alexander pasó dormitando y meditando uno tras otro de esos días grises, aspirando la humedad agradecida. Pero la paz de la primera parte del viaje terminó. A veces se incorporaba de su asiento como con un resorte y se pasaba horas paseando por cubierta. La gente reparó en su afición a pasear cuando hacía mal tiempo, y lo observaba con curiosidad mientras hacía su ronda. Por su ensimismamiento y por el rictus decidido de la mandíbula imaginaron que debía de estar pensando en su puente. Todo el mundo había oído hablar del puente en voladizo que estaba construyendo en Canadá.

Pero Alexander no estaba pensando en su trabajo. A partir de la cuarta noche, cuando su voluntad se suavizó de pronto entre sus manos, se dedicó a repetirse lo mismo. Cada vez más a menudo, al despertar por la mañana o al entrar en un lugar caliente, después de helarse en cubierta, notaba el placer repentino y doloroso de estar más cerca de la otra orilla. A veces, cuando más desanimado estaba, cuando creía estar exhausto de esta lucha, se libraba de pronto de eso y tenía una abrumadora conciencia de sí mismo. En ese momento sentía el retorno maravilloso del ímpetu, la intensa emoción y las crecientes expectativas de la juventud.

CAPÍTULO VI

A Bartley los dos últimos días del viaje se le hicieron casi insoportables. La parada en Queenstown, la tediosa travesía por el Mersey, fueron cosas en las que apenas reparó en su creciente impaciencia. Había pensado quedarse unos días en Liverpool, pero en vez de eso tomó el tren a Londres.

Al salir de la estación de Euston a las tres en punto de la tarde, hizo que enviaran su equipaje al Savoy y fue directo a Bedford Square. Cuando Marie lo recibió a la puerta, ni siquiera su pronunciado sentido del decoro pudo disimular su sorpresa y su alegría. Se ruborizó, sonrió y toqueteó la tarjeta de visita antes de correr arriba. Alexander estuvo yendo y viniendo por el vestíbulo, abrochándose y desabrochándose el abrigo, hasta que ella volvió y lo condujo al salón de Hilda. Estaba vacío cuando entró. Un fuego de carbón crepitaba en la chimenea y habían encendido las lámparas, pues fuera empezaba a oscurecer. Alexander no se sentó. Se quedó al lado de la ventana hasta que llegó ella. Hilda pronunció su nombre en el umbral, pero en su rápida carrera a través de la sala notó un cambio en él y se contuvo con tanta habilidad que él no supo cómo lo había hecho. Le rozó tan solo la mejilla con los labios y le puso muy contenta las manos en los hombros.

—¡Qué agradable sorpresa en un día tan malo! Esta mañana al despertar intuí que iba a pasar algo bueno. Pensé que vendrían mi hermana Kate o mi primo Mike. No se me ocurrió que serías tú, Bartley. Pero ¿por qué me dejas parlotear así? Ven cerca del fuego; estás helado.

Lo empujó hacia el enorme sillón que había al lado del fuego y se sentó enfrente en un taburete, con las rodillas subidas hasta la barbilla, riéndose como una niña feliz.

—¿Cuándo has llegado, Bartley, y cómo ha ocurrido? No has dicho una palabra.

—He llegado hace unos diez minutos. Desembarqué en Liverpool esta mañana y he venido en el tren.

Alexander se inclinó y se calentó las manos en el fuego. Hilda lo observó perpleja.

—Estás preocupado por algo, Bartley. ¿De qué se trata?

Bartley se inclinó aún más.

—Me preocupa todo, Hilda. Tú y yo.

Hilda tomó aliento. Miró sus anchos hombros y su cabeza grande y decidida, echada hacia delante como una catapulta a punto de disparar.

—¿Qué pasa con nosotros, Bartley? —preguntó en voz baja.

Él abrió y cerró las manos delante de la chimenea y extendió los dedos cerca de las llamas azuladas, mientras los carbones chisporroteaban, el reloj marcaba el tictac y un vendedor callejero empezaba a gritar debajo de la ventana. Por fin Alexander soltó una palabra:

—¡Todo!

Hilda, pálida, tenía los ojos abiertos de espanto. Miró desesperada de Bartley a la puerta, luego hacia las ventanas y otra vez a Bartley. Se levantó indecisa, le tocó el pelo con la mano y volvió a desplomarse en su taburete.

—Haré lo que me pidas, Bartley —dijo con voz trémula—. No soporto verte tan triste.

—No puedo seguir así —respondió él con aspereza.

Se puso en pie, apartó la silla y empezó a dar vueltas con desánimo por la sala, que parecía demasiado pequeña para él. Abrió una ventana como si el ambiente estuviese cargado.

Hilda le observó desde su rincón, temblando y sin respirar apenas, en torno a sus ojos habían aparecido unas negras sombras.

—No... no siempre te ha hecho sentir mal, ¿verdad? —Cerró los párpados y le temblaron los labios.

—Siempre. Pero ahora es peor. Es insoportable. Me tortura a cada minuto.

—Pero ¿por qué *ahora*? —preguntó ella penosamente, retorciéndose las manos.

Él pasó la pregunta por alto.

—No soy un hombre que pueda vivir dos vidas —prosiguió en tono febril—. Una vida estropea la otra. Y no obtengo más que sufrimiento de ambas. El

mundo sigue ahí, como siempre, pero no puedo alcanzarlo. Este engaño se interpone entre todo lo demás y yo.

Al oír la palabra «engaño», pronunciada con tanto desprecio por sí mismo, el color volvió al rostro de Hilda como si la hubieran golpeado con un látigo. Se mordió el labio y se miró las manos, que tenía apretadas.

—¿Podrías... podrías sentarte y hablarlo con calma, Bartley, como si yo fuese una amiga, y no alguien con quien tuvieras que enfrentarte?

Volvió a desplomarse en su asiento junto al fuego.

—Me estaba enfrentando a mí mismo, Hilda. Lo he pensado tanto que estoy exhausto.

La miró y sus facciones ojerosas se suavizaron. Alargó la mano hacia ella mientras volvía a contemplar el fuego.

Hilda se le acercó, arrastrando el taburete.

—¿Cuándo empezaste a sentirte así, Bartley?

—Desde el principio. Al principio fue... como un juego, ¿no?

El rostro de Hilda tembló, pero susurró:

—Sí, supongo que eso debió ser. Pero ¿por qué no me lo dijiste cuando estuviste aquí este verano?

Alexander gimió.

—Quise hacerlo, pero no pude. Solo teníamos unos días, acababas de estrenar tu obra y eras tan feliz...

—Sí, ¿verdad? —Le apretó la mano con agradecimiento—. Entonces ¿tú no eras feliz, ni siquiera un poco?

Cerró los ojos y tomó aliento profundamente, como para volver a aspirar el aroma de esos días. Alexander recordó también parte de esa turbadora dulzura. Se movió inquieto y la silla crujió.

—Sí, lo era. Ya me entiendes. Pero luego...

—Sí, sí —se apresuró a decir ella, apartando la mano con dulzura. Enseguida volvió a ponérsela sobre la manga del abrigo—. Por favor dime una cosa, Bartley. Al menos dime que me crees cuando te digo que pensaba que te estaba haciendo feliz.

La mano de él se cerró deprisa sobre los dedos interrogantes que tenía sobre la manga.

—Sí, Hilda; lo sé —dijo sin más.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y habló en voz baja:

—Mi error ha sido querer que lo tuvieras todo. He querido hacer una tortilla sin romper los huevos. Pensé que podría afrontar las consecuencias por ti. Siempre he querido que seas guapo, feliz, que triunfes: que tengas todo lo que puede tener un gran hombre, y, de vez en cuando, los días de descanso que los grandes hombres no pueden permitirse.

Bartley soltó una risita amargada y Hilda alzó la mirada y leyó en las profundas arrugas de su rostro que Bartley y su juventud no combatirían juntos mucho más tiempo.

—Lo entiendo, Bartley. Estaba equivocada. Pero no lo sabía. Dímelo ahora. ¿Qué debo hacer que no haya hecho, o qué no debo hacer? —Escuchó con atención, pero solo oyó el crujido de la silla—. ¿Quieres que lo diga yo? —susurró—. ¿Quieres decirme que solo puedes verme así, como viejos amigos, o en compañía de otras personas? Puedo hacerlo.

—Yo no —respondió él despacio.

Hilda se estremeció y se quedó inmóvil. Bartley apoyó la cabeza entre las manos y murmuró:

—Tenemos que romper del todo, Hilda. No puedo verte más, en ninguna parte. Lo que quiero es que me prometas que no me verás más, por muchas veces que venga y por mucho que te lo suplique.

Hilda saltó como una llamarada. Se plantó a su lado con los puños apretados y el cuerpo rígido.

—¡No! —balbució—. Es demasiado tarde para pedirme eso. ¿Me oyes, Bartley? Demasiado tarde. No te lo prometeré. Es abominable que me lo pidas. No vengas, si no quieres; ¿cuándo te he ido yo detrás? Pero, si vienes, haré lo que mejor me parezca. ¿Qué vergüenza que me pidas algo así! Si vienes, haré lo que mejor me parezca. ¿Lo entiendes? Bartley, ¡eres un cobarde!

Alexander se puso en pie y se estremeció, enfadado.

—Sí, lo sé, soy un cobarde. Tengo miedo de mí mismo. Ya no tengo confianza en mí. Al principio lo sobrellevaba sin esfuerzo, pero ahora no me atrevo. Está acabando conmigo. Es diferente. Me hago mayor, y tú tienes aquí mi juventud. Es por ella por lo que te he deseado todo el tiempo. —La sujetó bruscamente entre sus brazos—. ¿Entiendes lo que digo?

Hilda apartó la cara y empezó a llorar con amargura.

—¡Ay, Bartley! ¿Qué voy a hacer? ¿Por qué no has dejado que me enfadara contigo? ¡Me pides que me aleje porque me deseas! Y yo solo te tengo a ti. Haré lo que me digas... ¡menos eso! Pediré lo mínimo imaginable, pero ¡necesito tener *algo*!

Bartley se apartó y volvió a desplomarse en su silla. Hilda se sentó en el reposabrazos y le puso las manos en los hombros.

—Necesito algo, Bartley. Tengo que poder pensar en ti en los meses y meses de soledad. Tengo que verte. Tengo que saber de ti. ¿Es que no voy a poder hacerte entender lo que significa para mí verte vivo, feliz y con éxito? —Le apretó un poco los hombros—. Querer a alguien como te quiero yo hace que el mundo sea diferente. Si te hubiera conocido más tarde, si no te hubiese querido tanto... pero eso pasó hace mucho tiempo. Luego llegaron esos años sin ti, solitarios, dolorosos y deprimentes; esos buenos muchachos y el pobre Mac, a quien jamás presté atención... implacable como un resorte de acero. Y luego volviste, sin darle demasiada importancia, pero me dio igual.

Cayó al suelo a su lado, como si estuviese demasiado cansada para seguir de pie. Bartley se agachó y la tomó entre sus brazos, besó su boca y sus ojos húmedos y fatigados.

—No llores, no llores —susurró—. Ya nos hemos torturado bastante esta noche. Olvídalo todo, excepto que estoy aquí.

—Creo que lo he olvidado todo menos eso —murmuró—. ¡Ay, tus queridos brazos!

CAPÍTULO VII

Alexander trabajó mucho los quince días que pasó en Londres. Atendió muchos asuntos personales y visitó a muchos grandes hombres que estaban haciendo cosas interesantes en su profesión. No le gustaba pensar que sus visitas a Londres eran vacaciones y cuando se encontraba allí trabajaba incluso más que en casa.

El día antes de su partida a Liverpool hizo muy buen tiempo. El aire cargado se había despejado por la noche con un fuerte viento que trajo un amanecer dorado y se convirtió en una suave brisa. Cuando se asomó a la ventana desde el Savoy, el río parecía plata centelleante y la piedra gris de Embankment estaba bañada de luz clara y luminosa. Londres había despertado a la vida después de tres semanas de frío y de lluvia. Desayunó a toda prisa y leyó el correo mientras el camarero del hotel metía la ropa en los baúles. Luego pagó la cuenta, bajó a toda prisa por el Strand y pasó por delante de la estación de Charing Cross. Su ánimo mejoró a cada paso y, al llegar a Trafalgar Square, resplandeciente bajo el sol, con las fuentes cabrilleando y la columna alzándose en el aire luminoso, llamó a un coche de punto y, sin darse cuenta de lo que hacía, pidió al cochero que le llevara a Bedford Square, pasando por el Museo Británico.

Cuando llegó al apartamento de Hilda, ella le recibió tan lozana como la propia mañana. Sus habitaciones estaban inundadas por la luz del sol y llenas de flores que le había enviado. Ella no permitiría que le diera ninguna otra cosa.

—¿Estás ocupada esta mañana, Hilda? —le preguntó, mientras se sentaba con el sombrero y los guantes en la mano.

—Mucho. Llevo tres horas levantada y estudiando mi papel. Estrenamos en febrero.

—Bueno, pues ya has trabajado suficiente. Y yo también. He visto a todo el mundo, he hecho el equipaje y parto a Liverpool esta tarde. ¿Qué te parecería dar un paseo en coche por Kew y por Richmond? No habrá otro día así este invierno. Es como un día de abril en casa. ¿Puedo llamar por teléfono? Quiero pedir el coche.

—¡Qué bien! Vamos, siéntate al escritorio. Y mientras llamas iré a cambiarme de vestido. No tardaré. Tienes los periódicos matutinos encima de la mesa.

Hilda volvió enseguida con un largo abrigo gris de piel de ardilla y un sombrero de piel.

Bartley se levantó y la miró.

—¿Por qué no te pones esas rosas? —preguntó.

—Pero si han llegado esta mañana y ni siquiera han empezado a abrirse. Las estaba reservando. ¡Soy muy ahorradora sin darme cuenta! —Se rió mientras contemplaba la sala—. Me has enviado demasiadas flores, Bartley. A diario. Es demasiado; aunque me encanta abrir la caja y cuidarlas.

—¿Por qué no dejas que te envíe una de esas cosas de jade o de marfil que tanto te gustan? ¿O un cuadro? Sé mucho de cuadros.

Hilda negó con la cabeza debajo del sombrero mientras sacaba las rosas del jarrón.

—No, hay algunas cosas que no puedes hacer. Ahí está el coche. ¿Te importa abotonarme los guantes?

Bartley la cogió de la muñeca y empezó a abotonarle el largo guante de gamuza gris.

—¡Qué alegre tienes la mirada esta mañana, Hilda!

—Es porque he estado estudiando. Siempre me anima un poco.

Él tiró despacio del guante.

—¿Cuándo aprendiste a meterte así en tus papeles?

—Cuando no tenía otra cosa en la que pensar. Vamos, el coche espera. Sí que tardas.

—No tengo prisa. Tenemos tiempo de sobra.

Todo Londres se había echado a la calle. Piccadilly era un torrente de coches de punto, en los que se vislumbraban pieles, flores y alegres vestidos de invierno. Las hebillas de los arneses brillaban cegadoras, y las ruedas eran

discos giratorios que lanzaban rayos de luz. Los parques estaban llenos de niños, niñeras y perros que saltaban, ladraban y rascaban las patas con la tierra.

—No me iré hasta mañana —anunció de pronto Bartley—. Me quedaré un día menos en Liverpool. Hacía mucho que no me sentía tan contento.

Hilda lo miró con una sonrisa que intentó que no pareciera demasiado satisfecha.

—Creo que la gente debe ser feliz, al menos un poco —dijo.

Almorzaron en Richmond y luego fueron dando un paseo hasta Twickenham, donde habían pedido que les esperara el coche. Volvieron, con un espléndido atardecer a la espalda, a la ciudad lejana y bañada en oro. Era una de esas tardes raras en las que las sombras y la niebla de Londres se transforman en una especie de aire brillante, vibrante y peculiar; en las que el humo se convierte en nubes temblorosas y doradas, velos nacarados de rosa y ámbar; en las que la negrura de la piedra gris y la suciedad de los ladrillos tiemblan con una luz áurea; y en las que todos los tejados y los campanarios y una enorme cúpula flotan en una neblina dorada. En tardes así la ciudad más fea del mundo se transforma en la más poética y los meses lluviosos se olvidan por el milagro de un instante.

—A los londinenses nos pasa lo mismo —estaba diciendo Hilda—. Todo es lúgubre y triste, el tiempo, las casas y nuestras diversiones. Pero sabemos ser más felices que nadie. Podemos enloquecer de alegría, como hace la gente en el campo un bonito día de Pentecostés. Aprovechamos al máximo nuestro momento.

Adelantó desafiante la barbilla por encima del cuello de piel gris, Bartley la miró y se rió.

—Eres muy valiente. —Le dio un golpecito en el guante con la mano—. Sí, muy valiente.

Hilda suspiró.

—No, no lo soy. Al menos para algunas cosas. No hace falta valor para pelear por tu propio momento, pero sí es necesario para pasarse sin... muchas cosas. Más del que yo tengo. No puedo evitarlo —añadió con fiereza.

Después de recorrer kilómetros por las calles entre las tristes casitas de las afueras, llegaron a Londres, rojizo, rugiente y turbio. Las calles estaban llenas de gente que había trabajado encerrada ese día inestimable y ahora

había salido para apurar sus fangosas heces. Formaban largas colas negras, esperaban a la puerta del foso de los teatros: chicos de chaquetilla corta y muchachas con sombreros de marinero charlaban alegres y estremecidos. Había un ritmo sordo en los ruidos apagados de la ciudad: en el traqueteo de los coches de caballos, en el estrépito de los autobuses, en los gritos de la calle y en los pasos ondulantes de la muchedumbre. Era como la profunda vibración de alguna enorme maquinaria subterránea, y como los latidos apagados de millones de corazones humanos.

—Da gusto volver, ¿verdad? —susurró Bartley, mientras iban por Bayswater Road hacia Oxford Street—. Londres siempre me inspira más ganas de vivir que ninguna otra ciudad del mundo. ¿Recuerdas a la sacerdotisa de la sala de las momias y cómo, en noches como esta, soñábamos con sacarla de allí? ¡Tres mil años! ¡Uf!

—Creo que ella notaba cuando nos quedábamos mirándola. Creo que se acordaba —dijo pensativa Hilda.

—Eso espero. Ahora vayamos a cenar a algún buen sitio antes de ir a casa. Esta noche podría comerme todas las cenas de Londres. ¿Adónde le digo al cochero que vaya? ¿Al restaurante Piccadilly? Tienen buena música.

—Hay demasiada gente conocida. ¿Por qué no a ese sitio francés del Soho al que íbamos tan a menudo cuando viniste en verano? Me encanta, y solo he estado allí contigo. A veces voy, cuando me siento especialmente sola.

—De acuerdo, el lenguado es muy bueno. ¡Cuántos organillos callejeros hay esta noche! El buen tiempo debe de haberlos descongelado. Llevamos siete kilómetros oyendo *El trovador*¹⁶. Siempre hacen que me sienta animado. ¿Estás cómoda, no estarás demasiado cansada?

—No estoy nada cansada. Solo me maravillaba que la gente pueda morir. ¿Por qué me has recordado a la momia? La vida parece lo más fuerte e indestructible del mundo. ¿De verdad crees que toda esa gente que va de aquí para allá a cenar, y a clubes y al teatro morirá un día y no se preocupará por nada? Yo no lo creo, y sé que no moriré... ¡nunca! Ya lo ves, me siento... ¡demasiado poderosa!

El coche se detuvo. Bartley se apeó de un salto y la ayudó a bajar a la acera. Mientras la cogía en volandas susurró:

—¡Eres... poderosa!

CAPÍTULO VIII

El último ensayo había terminado, un tedioso ensayo con vestuario que había durado todo el día y había agotado la paciencia de todos los que habían participado en él. Cuando Hilda se puso la ropa de calle y salió de su camerino, se encontró a Hugh MacConnell esperándola en el pasillo.

—La niebla está más espesa que nunca, Hilda. Hoy ha habido muchos accidentes. No es seguro que salgas sola. ¿Permites que te acompañe a casa?

—Qué amable eres, Mac. Si vienes conmigo, creo que iré dando un paseo. Hoy no he hecho nada de ejercicio, y todo esto me ha puesto nerviosa.

—No me extraña —respondió con sequedad MacConnell. Hilda se puso el velo y salieron al espeso fango marrón en el que se había sumergido Saint Martin's Lane. MacConnell le cogió la mano y se la puso debajo del brazo—. Siento haber sido tan bruto. Espero que no hayas pensado que soy un burro.

—No, no. No me extraña que estuvieras irascible. Estas cosas son desquiciantes. ¿Cómo crees que va?

—Muy bien. Por eso me he exasperado tanto. Esto traerá cola, para los dos. Y a propósito: tengo novedades. A mediados de marzo van a empezar las reparaciones en el teatro e iremos seis semanas a Nueva York. Bennett me dijo ayer que estaba decidido.

Hilda miró encantada la figura alta y gris que iba a su lado. Era lo único que podía ver, pues estaban andando entre una densa opacidad, como si se movieran por el fondo del océano.

—¡Oh, Mac, cuánto me alegro! Y allí gustan mucho tus obras, ¿no?

—¿Te alegras por... algún otro motivo, Hilda?

MacConnell alargó la mano para apartarla de un objeto oscuro. Resultó ser solo una farola, y se pegaron más al borde de la acera.

—¿Qué quieres decir, Mac? —preguntó nerviosa Hilda.

—Pensaba en si no habrá allí personas a las que te alegraría ver —le dijo él con torpeza. Hilda no contestó y MacConnell volvió a hablar en tono de disculpa—: Espero que no te importe que lo sepa. No te pongas tan tensa. Nadie más lo sabe y no he intentado averiguar nada. Lo presenté antes de saber quién era. Sabía que había alguien y que no era yo. —Cruzaron Oxford Street en silencio, abriéndose paso a tientas. Los autobuses habían dejado de circular y los cocheros llevaban los caballos sujetos de las riendas. Cuando llegaron a la otra acera, MacConnell dijo de pronto—: Espero que seas feliz.

—Terrible y peligrosamente feliz, Mac —respondió en voz baja Hilda, apretando la áspera manga del abrigo con la mano enguantada.

—Siempre has creído que yo era demasiado mayor para ti, Hilda... ¡Oh, claro!, nunca me lo has dicho con esas palabras, y resulta que ese tipo es solo ocho años más joven que yo. Siempre he tenido la sensación de que si pudiera salir de mi concha podría conquistarte. Dentro de mí llevo un joven valiente y amable, pero nadie lo verá jamás.

—Tonterías, Mac. Eso no tiene nada que ver. Lo que pasa es que te pareces demasiado a mí, somos demasiado iguales. Sería casi como casarme con mi primo Mike. Al principio me esforcé en amarte como tú querías.

—Bueno, ya hemos llegado a la plaza. ¿No te habrás enfadado? Gracias por el paseo. Entra y ponte ropa seca enseguida. Mañana será una gran noche.

Hilda alargó la mano.

—Gracias por todo, Mac. Buenas noches.

MacConnell se alejó entre la niebla y ella subió despacio. Sus zapatillas y su camión la esperaban delante del fuego. «Seguro que lo veo en Nueva York. Leerá en los periódicos que vamos a ir. Tal vez lo sepa ya —pensó Hilda mientras se desvestía—. Puede que vaya a esperarme al muelle. No, pero a lo mejor me lo encuentro por la calle antes de que vaya a verme.»

Marie dejó la bandeja con el té al lado del fuego y le llevó el correo. Ella lo miró por encima y se sobresaltó al reconocer una letra que no veía a menudo. Alexander solo le había escrito en dos ocasiones y no dejaba que ella le escribiera a él.

—Gracias, Marie. Ya te puedes ir.

Hilda se sentó a la mesa con la carta en la mano todavía sin abrir. La miró con fijeza, le dio la vuelta, notó su grosor entre los dedos. Creía tener una

especie de intuición con las cartas y ser capaz de decir si llevaban buenas o malas noticias antes de leerlas. La dejó en la mesa delante de ella mientras se servía el té. Luego, con un escalofrío de impaciencia, rasgó el sobre y leyó.

Boston, ... de febrero

Mi querida Hilda:

Son más de las doce. Todos se han ido a acostar y yo estoy solo en mi estudio. He sido más feliz en este cuarto que en ningún otro lugar del mundo. Una felicidad así te vuelve insolente. Antes pensaba que estas cuatro paredes podían resistirlo todo. Y ahora apenas me reconozco. Ahora sé que nadie puede basar su seguridad en la nobleza de otra persona. Cuando dos personas se quieren, acaban compartiendo gustos, costumbres y orgullo, pero su naturaleza moral (signifique lo que signifique esa expresión manida) no llega a fundirse en una. El que es vil sigue siendo vil y el que es noble continúa siendo noble hasta el final.

La semana pasada fue mala; he estado pensando en cómo eran antes las cosas. A veces me acostumbro a estar muerto por dentro, pero en los últimos tiempos es como si hubiesen abierto una ventana a mi lado y todos los olores de la primavera se hubiesen colado por ella. Ahí fuera hay un jardín cubierto de estrellas donde antes paseaba de noche cuando tenía un único propósito y un único corazón. Ahora recuerdo cómo me sentía, lo hermoso que era todo y el poder y la libertad que sentía en mi interior. Cuando se abre la ventana sé exactamente cómo sería estar ahí fuera. Pero ese jardín está cerrado para mí. ¿Cómo es posible, quisiera saber, que todo sea tan distinto, cuando no ha cambiado nada? Estoy en mi casa, en mi estudio, en mitad de las calles tranquilas donde viven mis amigos. Todos están en paz y a salvo. Pero yo no lo estoy. Tengo la sensación de estar siempre al borde del cambio y del peligro.

Recuerdo los caballos envenenados con astrágalo¹⁷ que veía por el campo de niño. Cambiaban del mismo modo. Los capturábamos y los metíamos en el corral, donde se volvían muy avisados. Fingían comer avena como los demás caballos, pero sabíamos que estaban planeando

volver a comer astrágalo.

Parece que debemos vivir solo una vida en este mundo. Cuando intentamos vivir otra desarrollamos otra naturaleza. Me siento como si me hubiesen enganchado a otra persona. Al principio parecía un simple amante de los placeres, de cuya compañía me avergonzaba un poco y a quien ocultaba debajo del abrigo cuando paseábamos por Embankment, en Londres. Pero ahora se ha vuelto más hosco y fuerte, y lucha por su vida a costa de la mía. Es su única actividad: hacerse más fuerte. Ninguna criatura ansía tanto vivir como él. Al final, supongo, acabará absorbiéndome. Créeme, entonces me odiarás.

Y ¿qué puedes hacer con esta fea historia? Nada. El niño bebió el agua del arroyo más bello del bosque y se transformó en ciervo.¹⁸ Escribo esto porque nunca encuentro el momento de contártelo y porque es como si no pudiera guardar silencio más tiempo. Y porque sufro, Hilda. Si alguien a quien quiero sufriese así, querría saberlo. ¡Ayúdame, Hilda!

B. A.

CAPÍTULO IX

El último sábado de abril, *The New York Times* publicó un artículo sobre las complicaciones causadas por la huelga que estaba retrasando el puente de Alexander en Nueva Jersey, e informó de que el ingeniero en persona se encontraba en la ciudad en sus oficinas de la calle Diez Oeste.

El domingo, un día después de que se publicara la noticia, Alexander trabajó todo el día en su despacho de la calle Diez. Sus obligaciones le llevaban a menudo a Nueva York, y hacía años que tenía un apartamento allí, que alquilaba siempre que iba a pasar una larga temporada en el extranjero. Además del dormitorio y el baño había un salón muy grande, que había sido el estudio de un pintor y que él utilizaba como estudio y oficina. Estaba amueblado con las cosas de sus días de soltero y con objetos que custodiaba a algunos amigos de vocación itinerante y más o menos artística. Encima de la chimenea había un enorme y anticuado espejo dorado. La enorme mesa de trabajo de Alexander estaba delante de una de las tres ventanas, y encima del sofá colgaba el único cuadro de la sala, un enorme lienzo de bonitos colores, un bosquejo de los Jardines de Luxemburgo a principios de primavera, pintado en su juventud por un retratista que luego había adquirido renombre internacional.¹⁹ Se lo había pintado a Alexander cuando los dos eran estudiantes en París.

El domingo hizo un día frío y desapacible y estuvo cayendo una lluvia fina. Cuando Alexander volvió de cenar, echó más leña a la chimenea, se puso cómodo y se sentó a su escritorio, donde empezó a comprobar las hojas con sus cálculos. Eran más de las nueve en punto y acababa de encender una segunda pipa cuando creyó oír un ruido en la puerta. Dio un respingo y se quedó escuchando con la cerilla encendida en la mano; una vez más oyó el mismo ruido, unos golpecitos leves y firmes. Se incorporó y cruzó la sala a

toda prisa. Cuando abrió la puerta reconoció la figura que estaba encogida en el sobrio y mal iluminado rellano. Esperó un instante con incómoda contención y la pipa en la mano.

—Pasa —le dijo por fin a Hilda, y cerró la puerta cuando entró. Le indicó una silla al lado del fuego y volvió a su mesa de trabajo—. ¿No quieres sentarte?

Estaba de pie detrás de la mesa, revolviendo nervioso una pila de planos. La luz amarilla de la lámpara de estudiante caía sobre sus manos y sobre las mangas purpúreas del batín corto de terciopelo, pero su rostro grande y sonrojado y su cabeza quedaron en sombras. Su actitud hizo que Hilda deseara estar de vuelta en su hotel, en la calle, en cualquier sitio menos ese.

—Por supuesto, sé muy bien, Bartley —dijo ella por fin—, que después de esto no me tendrás la menor consideración. Pero nos vamos el martes. Ayer vi la entrevista en el periódico que decía dónde estabas, y pensé que tenía que verte. Solo es eso. Buenas noches. Ya me voy.

Dio media vuelta y puso la mano en el picaporte.

Alexander fue corriendo hacia ella y la cogió con dulzura del brazo.

—Siéntate, Hilda; ya estás bastante empapada. Quítate el abrigo... y las botas: están chorreando.

Se arrodilló y empezó a desatarle los zapatos, mientras Hilda se encogía en la silla.

—Ven, apoya los pies en este taburete. No irás a decirme que has venido andando... y ¡sin chanclos!

Hilda se tapó la cara con las manos.

—Me dio miedo coger un coche. ¿No ves, Bartley, que estoy muy asustada? Hoy he pasado cien veces por esto. No te enfades tanto. He estado bien hasta que he sabido que estabas en la ciudad. ¡Si me hubieses enviado una nota, o telefoneado, o cualquier cosa! Pero no dejas que te escriba yo, y tenía que verte después de esa carta tan espantosa que me escribiste al llegar a casa.

Alexander se plantó delante de ella, apoyó el brazo en la repisa de la chimenea que tenía detrás y empezó a cepillarse la manga de la chaqueta.

—¿Es así como quieres responderla, Hilda? —preguntó en tono vacilante.

A ella le dio miedo alzar la cabeza para mirarle.

—¿Es que no... no pensabas decirme adiós siquiera, Bartley? ¿Acaso ibas

a... dejarme sin más? —preguntó—. He venido a decirte que estoy dispuesta a hacer lo que me pidas. Pero no sirve de nada hablar de eso ahora. Dame mis cosas, por favor.

Alargó la mano hacia la rejilla de la chimenea.

Alexander se sentó en el reposabrazos de su silla.

—¿De verdad crees que había olvidado que estabas en la ciudad, Hilda? ¿Piensas que es casualidad que no haya ido a verte? ¿Supones que no sabía que te ibas el martes? En el cajón del escritorio hay una carta para ti. Ibas a recibirla cuando estuvieras en el barco. Pasé toda la mañana escribiéndola. Me dije que, si pensaba solo en ti y no en mí, una carta sería mejor que nada. Unas rayas sobre el papel tienen sentido para ti. —Hizo una pausa—. Para mí nunca lo han tenido.

Hilda le sonrió, bellísima, y le puso la mano en la manga.

—¡Oh, Bartley! ¿Me has escrito? ¿Por qué no me has llamado por teléfono para decírmelo? Habría venido.

Alexander la rodeó con el brazo.

—Antes no lo sabía, Hilda, palabra de honor que no lo sabía, pero creo que era porque en algún lugar de mi interior tenía la esperanza de obligarte a hacer esto. Llevo todo el día mirando la puerta. Cada vez que se movía un tronco daba un respingo. Creo que tenía la intuición de que vendrías.

Inclinó la cara hacia su pelo.

—Y yo —susurró ella— intuí que era eso lo que sentías. Pero al llegar he creído que me había equivocado.

Alexander se puso en pie y empezó a ir y venir por la sala.

—No, no te has equivocado. He estado en Canadá con mi puente, y lo había arreglado todo para no volver a Nueva York hasta que te hubieses ido. Luego, cuando el director del teatro prorrogó dos semanas la gira, ya no pude retrasar más mis compromisos. —Se desplomó en el asiento delante de ella y dejó las manos entre las rodillas—. ¿Qué voy a hacer, Hilda?

—Por eso quería verte, Bartley. Voy a hacer lo que me pediste que hiciera cuando viniste a verme a Londres. Solo que haré una cosa más: casarme.

—¿Con quién?

—¡Oh, eso es lo de menos! Con cualquiera. Aunque con Mac no. Le tengo demasiado cariño.

Alexander se movió inquieto.

—¿Estás de broma, Hilda?

—Pues claro que no.

—Entonces no sabes lo que estás diciendo.

—Sí, lo sé muy bien. Lo he pensado mucho y lo tengo decidido. Antes no entendía por qué las mujeres hacían cosas así, pero ahora lo sé: es porque no pueden estar más tiempo a merced del hombre al que quieren.

Alexander se ruborizó, enfadado.

—Entonces ¿es mejor estar a merced de un hombre al que no quieren?

—¡En esas circunstancias, mucho mejor!

Hubo un destello en sus ojos que hizo desfallecer a Alexander. Se incorporó y fue a la ventana, la abrió y se asomó. Oyó a Hilda detrás de él. Cuando miró por encima del hombro vio que estaba atándose las botas y volvió con ella.

—Hilda, es mejor que te lo pienses dos veces antes de hacer eso. No sé qué decir, pero no creo que así vayas a ser feliz; de verdad. ¿No lo dices por asustarme?

Ella terminó de atarse la bota y dio un taconazo con firmeza.

—No; te digo que he tomado una decisión. Supongo que habría sido mejor casarme y no decirte nada. Pero después no habría tenido ocasión de explicártelo porque no pienso volver a verte.

Alexander empezó a hablar, pero se contuvo. Cuando Hilda se puso en pie, él se sentó en el reposabrazos y apoyó la espalda.

—No me preocuparía tanto si no supiera lo imprudente que puedes ser. No hagas algo así con tanta precipitación. —Su rostro adoptó un gesto preocupado—. No serías feliz. No eres de esas mujeres. No volvería a tener una hora de paz si te empujara a hacer algo así. —Cogió su rostro entre sus manos y lo miró—. Tú eres diferente, Hilda. ¿Es que no lo sabes? —Su voz se volvió más suave, su roce más tierno—. Hay mujeres capaces de hacer algo así, pero tú... tú puedes amar como amaban las reinas en los viejos tiempos.

Hilda solo había oído ese tono grave y profundo otra vez en su vida. Cerró los ojos; los labios y los párpados le temblaron.

—Solo a uno, Bartley. Solo a uno. Y ya me ha rechazado dos veces.

Ella notó cómo aumentaba la presión de los brazos que la sujetaban tan

levemente.

—Ponlo a prueba otra vez, Hilda. Ponlo a prueba una vez más.
Ella lo miró a los ojos, y ocultó la cara entre las manos.

CAPÍTULO X

El martes por la tarde un abogado de Boston, que había estado defendiendo un caso en Vermont, se hallaba en el apartadero del empalme de White River cuando el Canadian Express llegó en su viaje hacia el norte. Cuando los vagones de tercera del final del tren pasaron a su lado, el abogado vio en una de las ventanillas la cabeza de un hombre con una espesa mata de pelo rizado. «Qué raro —pensó—; ese parecía Alexander, pero ¿qué hace en un vagón de tercera?»

Era Alexander.

Por la mañana había recibido un telegrama de Moorlock, diciéndole que, por un problema grave con el puente, necesitaban que fuese cuanto antes, así que cogió el primer tren que salía de Nueva York. Había comprado un billete de tercera para no correr el riesgo de encontrarse con ningún conocido y porque no quería ir cómodo. Cuando llegó el telegrama, Alexander estaba en sus habitaciones de la calle Diez, haciendo las maletas para ir a Boston. El lunes por la noche había escrito una larga carta a su mujer, pero cuando amaneció no se atrevió a enviarla, y la carta aún estaba en su bolsillo. Winifred no era una mujer capaz de soportar la decepción. Exigía mucho a las personas a quienes quería y a sí misma; y nunca se traicionaba. Alexander sabía que si se lo decía ahora sería irremediable. No habría vuelta atrás. Perdería lo que más valoraba del mundo; se destruiría a sí mismo y su felicidad. Después no habría nada para él. Se imaginó llevando una agitada existencia en el continente —Cannes, Hyères, Argel, El Cairo— entre hombres enfermos y elegantes de todas las nacionalidades; yendo de aquí para allá en viajes que no llevaban a ninguna parte; apresurándose para coger trenes que daría igual que perdiera; levantándose por la mañana con mucho bullicio y salpicándose con agua para empezar un día sin propósito ni significado;

cenando tarde para acortar las noches y levantándose tarde para acortar los días.

¿Y por qué? Por una locura, una mascarada, un coqueteo al que no podía renunciar. *Y eso que sí podía renunciar*, se dijo. Pero había prometido estar en Londres a mitad de verano y sabía que iría... Era imposible seguir viviendo así.

Así que este iba a ser el desastre que había predicho su viejo profesor: la grieta en el muro, el derrumbe, la nube de polvo. Y ahora no podía imaginar cómo había ocurrido. Tenía la sensación de no haber cambiado, de seguir siendo el mismo hombre que hacía cinco años, de haberse quedado inmóvil dejando que, a su lado, un brote surgido de él arruinara su vida. Esta nueva fuerza no era él, era solo parte de él. Ni siquiera estaba dispuesto a admitir que fuese más fuerte; pero sí era más activa. El nuevo sentimiento lo había dominado gracias a esa energía. Su esposa era la mujer que había configurado su vida, complacido su orgullo y orientado sus gustos y costumbres. La vida que llevaban juntos le parecía bella. Winifred todavía era, como lo había sido siempre, la aventura, y siempre que se conmovía profundamente recurría a ella. Cuando el esplendor y la belleza del mundo le desafiaban —como desafían incluso a las personas más ensimismadas—, respondía siempre con su nombre. Esa era su respuesta a la pregunta que planteaban las montañas y las estrellas; y a todos los aspectos espirituales de la vida. En sus sentimientos por su mujer estaban toda la ternura, el orgullo y la devoción de los que era capaz. Había de todo menos energía: la energía de la juventud que debe reparar en sí misma y pronunciar su nombre antes de desaparecer. Esta nueva sensación era tan fresca, tan insatisfecha y tan veloz... le ponía un cinto a la Tierra²⁰ mientras él iba de Nueva York a Moorlock. En ese momento, cosquilleaba exultante en su interior, rápida como el mercurio y susurraba: «En julio estarás en Inglaterra».

Temía ya los días largos y vacíos en alta mar, la monótona costa de Irlanda, el lento viaje por el Mersey, el brillo del tren por el paisaje veraniego. Cerró los ojos y se dejó llevar por la sensación de velocidad y por pensamientos fugaces y aterradores. Así estaba, con la cara tapada con la mano, cuando el abogado de Boston lo vio desde el apartadero del empalme de White River.

Cuando despertó por fin, la tarde se había convertido en el crepúsculo. El

tren atravesaba unos campos grises y el cielo se ruborizaba con una inundación de colores claros. Una luz rosácea cubría las rocas grises, los montes y los prados. A la izquierda, debajo de un puente de madera deteriorado por las inclemencias del tiempo, había un grupo de muchachos sentados alrededor de una hoguera. El olor a madera quemada entró por la ventanilla. A excepción de un viejo granjero que iba por el camino en su carreta no se veía a ninguna otra criatura viviente. Alexander miró triste a los muchachos acampados al borde del pantano, acurrucados en su refugio y mirando muy serios el fuego. Le recordaron una vez que acampó en un arenal a la orilla de un río en el Oeste, y le habría gustado poder estar sentado allí con ellos. Recordaba con exactitud cómo parecía entonces el mundo.

Había oscurecido y Alexander seguía pensando en aquellos chicos, cuando reparó en que el tren debía de estar aproximándose a Allway. Para ir a su nuevo puente en Moorlock siempre tenía que pasar por Allway. El tren se detuvo en Allway Mills y luego continuó cuatro kilómetros río arriba, hasta que el ruido hueco bajo sus pies le indicó a Bartley que estaba otra vez en su primer puente. Le pareció más largo que nunca, y se alegró al notar el ruido de las ruedas sobre las sólidas vías. No le gustaba cruzarlo, ni recordar al hombre que lo había construido. ¿Era el mismo por el que había paseado de noche y donde había hecho tantas promesas a las estrellas y a sí mismo? Y, no obstante, lo recordaba todo muy bien: las montañas silenciosas que dormían a la luz de la luna, el esbelto esqueleto del puente que se proyectaba por encima del río, y más allá, solitaria en lo alto de la montaña, la gran casa blanca; y en el piso de arriba, en la ventana de Winifred, la luz que le decía que aún estaba despierta y pensando en él. Y, cuando la luz se apagaba, paseaba solo, haciendo confidencias al cielo, incapaz de separarse de la magia blanca de la noche, sin querer dormir por la dulzura de aquel anhelo, porque, por primera vez desde que el claro de luna bañó esas montañas, había un enamorado en el mundo. Debajo se oía el ruido constante del agua, el ruido que, antes que ninguna otra cosa, significaba la muerte: el desgaste de las cosas bajo la acción de las fuerzas físicas que los hombres podían dirigir pero nunca esquivar ni disminuir. Luego, en la exaltación del amor, le parecía más que nunca que implicaba la muerte: lo único que era tan fuerte como el amor. Debajo de la luna y de las frías y espléndidas estrellas, solo esas dos cosas seguían despiertas e insomnes: la muerte y el amor, el río que corría turbulento

y su corazón encendido.

Alexander se incorporó en el asiento y miró a su alrededor. El tren rasgaba la oscuridad. Todos sus compañeros del vagón de tercera estaban dormitando o profundamente dormidos, y las lámparas apenas daban luz. ¿Cómo había ido a parar entre aquella gente sucia? ¿Por qué iba a ir a Londres? ¿Qué significaba... cuál era la respuesta? ¿Cómo podía ocurrirle esto a un hombre que había vivido ese verano y esa primavera mágicos, y que había intuido que las mismísimas estrellas no eran más que partículas encendidas en las lejanas infinitudes de su amor?

¿Qué había hecho para perderlo? ¿Cómo podría soportar ahora la vulgaridad de la vida? Y con cada vuelta de las ruedas, el mercurio de su pecho le decía que a mediados de julio estaría en Londres. Recordó su última noche allí: la oscuridad rojiza y neblinosa, las multitudes ávidas delante de los teatros, el ritmo febril de las calles borrosas y abarrotadas, y la sensación de dejarse llevar por la multitud. Se estremeció y contempló a sus pobres compañeros de viaje, sucios y en posturas nada elegantes, que habían llegado a representar para él la fealdad que había traído al mundo.

Y a esos muchachos, que empezaban igual que había empezado él... le habría gustado poder desearles mejor suerte. ¡Ah, sí se pudiera desear mejor suerte a alguien, si se pudiera garantizar la felicidad a un solo ser humano! Una vez había creído poder hacerlo. Se quedó dormido pensándolo. Mientras dormía como si no tuviese nada más que hacer, su imaginación volvió y se torturó con algo sucedido muchos años antes, un viejo y olvidado pesar de su infancia.

Cuando despertó por la mañana, el sol empezaba a alzarse entre pálidas ondas doradas de nubes, y la luz fresca y amarilla vibraba entre los pinares. Las hayas, con las hojitas que empezaban a desplegar, brillaban en los valles, y los prados empezaban a cobrar vida con el primer verde, un color débil y luminoso que los había cubierto como si fuera fuego. Al paso del tren miles de pájaros salieron chillando bajo el sol. El cielo era ya de color azul, pálido y límpido como el cristal. Bartley cogió su bolsa y recorrió los vagones hasta que encontró al revisor. Había un departamento de lujo sin ocupar, y se instaló en él y se cambió de ropa. La noche anterior no habría creído que hubiera algo tan agradable como el agua fría que se echó en la cabeza y los hombros, y la frescura de la ropa limpia sobre su cuerpo.

Después de vestirse, se sentó al lado de la ventanilla y llenó los pulmones con profundas bocanadas de aire con olor a pino. Había despertado con su antigua sensación de poder. Se negaba a creer que las cosas fuesen tan mal como había pensado la noche anterior, que no hubiera forma de arreglarlas. Incluso si iba a Londres a mediados de julio, ¿qué significaría eso aparte de que era un idiota? Y ya lo había sido antes. Esa no era la realidad de su vida. Sin embargo, sabía que iría a Londres.

Media hora más tarde el tren se detuvo en Moorlock. Alexander saltó al andén y se apresuró por el apartadero mientras saludaba con la mano a Philip Horton, uno de sus ayudantes, que estaba mirando preocupado las ventanillas de los vagones. Bartley lo cogió del brazo y fueron juntos al restaurante de la estación.

—Antes me tomaré mi café, Philip. ¿Ha tomado usted el suyo? Dígame, ¿qué pasa?

El joven empezó a explicárselo de forma nerviosa y apresurada.

Pero Alexander le interrumpió.

—¿Cuándo ha parado las obras? —preguntó con sequedad.

El joven ingeniero pareció confundido.

—Aún no las he parado, señor Alexander. No me he atrevido a ir tan lejos sin su autorización expresa.

—Entonces ¿por qué no me dijo con claridad lo que pensaba y me pidió autorización? Se la habría dado enseguida.

—La verdad, señor Alexander, no estaba seguro del todo y no quería asumir la responsabilidad de hacerlo público.

Alexander apartó la silla y se levantó.

—Todo lo que hago puede hacerse público, Phil. Dice que cree que los cables de abajo tienen demasiada tensión y que hasta los obreros lo están comentando, y aun así ha seguido añadiendo peso.

—Lo siento, señor Alexander, pero contaba con que llegaría usted ayer. Mi primer telegrama se extravió. Le envié uno el domingo por la tarde a la misma dirección, pero me lo devolvieron.

—¿Tiene un coche ahí fuera? Tengo que parar a enviar un cable.

Alexander fue al mostrador del telégrafo y escribió a lápiz el siguiente mensaje a su mujer:

Es posible que tenga que quedarme aquí un tiempo. ¿Puedes venir cuanto antes? Urgente.

Bartley

El puente de Moorlock estaba a cinco kilómetros de la ciudad. Cuando se sentaron en el carruaje, Alexander empezó a hacerle preguntas a su ayudante. De ser cierto que los cables estaban dando síntomas de tensión cuando solo llevaban contruidos dos tercios del puente, la única solución sería echar abajo toda la estructura y empezar de nuevo. Horton siguió repitiendo que estaba seguro de que no había ningún error en los cálculos.

Alexander se impacientó:

—Eso es cierto, Phil, pero no había ningún motivo para suponer que una escala que era totalmente segura para un puente normal serviría para uno tan largo. Está muy bien sobre el papel, pero falta por ver si puede hacerse en la práctica. No tendría que haber aceptado el encargo cuando me presionaron con los costes. No tiene sentido intentar hacer lo que hacen otros ingenieros cuando sabes que no es sensato.

—Pero ahora hay mucha competencia —objetó el joven—. Y no hay duda de que la tendencia es esa.

Alexander se encogió de hombros y no respondió.

Cuando llegaron a las obras, Alexander empezó a examinarlas enseguida. Una hora después mandó llamar al capataz.

—Creo que lo mejor será interrumpir las obras ahora mismo, Dan. En mi opinión, el cable inferior podría soltarse en cualquier momento. Advertí al comité de que estábamos trabajando con tensiones con las que no se había trabajado nunca, y de que habíamos subestimado la carga. En teoría podría haber funcionado, pero nunca se había probado. —Alexander se puso el abrigo y cogió del brazo al capataz—. No esté tan abatido, Dan. Es un golpe, pero tenemos que afrontarlo. Tampoco es el fin del mundo. Ahora tenemos que salir y llamar a los hombres con calma. Horton me ha dicho que ya están intranquilos y de nada serviría asustarlos. Iré con usted y llamaremos antes a los remachadores del extremo.

Alexander y el capataz anduvieron despacio por la larga extensión del puente. Fueron despacio, deteniéndose a ver lo que hacía cada cuadrilla, como si fuese una inspección normal. Cuando llegaron al extremo del puente sobre

el río, Alexander le hizo un gesto con la cabeza al capataz, que le dio con calma una orden al jefe de la cuadrilla. Los hombres cogieron sus herramientas y, mirándose con curiosidad, volvieron por el puente hacia la orilla. Alexander se quedó donde habían estado trabajando y miró a un lado y a otro. Resultaba difícil creer, al contemplar el puente, que estuviera dañado sin remedio, como si estuviese condenado, solo porque le pasara algo a los cables del voladizo. Los remachadores habían llegado a la orilla y estaban dispersándose entre las casetas de las herramientas, y la segunda cuadrilla había recogido las cosas y había echado a andar hacia la orilla. Alexander, todavía al extremo del puente, vio que el cable cedía un poco, como un codo al doblarse. Gritó y corrió detrás de la segunda cuadrilla, pero a estas alturas todos sabían ya que el enorme puente estaba cediendo lentamente. Se levantaron voces que enseguida se vieron ahogadas por el crujir y el rechinar del hierro al romperse, a medida que empezaban a arrancarse los cables de sostén. En cuanto se soltaron, miles de toneladas de hierro remachado quedaron suspendidas en el aire y sin sujeción. Se hicieron pedazos con un estruendo como los pitidos de un silbato de vapor. No hubo ninguna sacudida; el puente no tenía más fuerza que la de su propio peso. No se inclinó ni a izquierda ni a derecha, sino que se hundió siguiendo una línea vertical, dando chasquidos, rompiéndose y soltándose al caer, porque ninguna de las partes que lo integraban podía soportar por un instante la enorme fuerza que se había desatado. Algunos hombres saltaron y otros corrieron intentando llegar a la orilla.

Cuando se oyó el primer crujido del hierro al desgarrarse, Alexander saltó desde el puente aguas abajo. Cayó en el río sin hacerse ningún daño y desapareció. Estuvo bajo el agua un buen rato y le costó contener el aliento. Cuando parecía imposible y el pecho estaba a punto de estallarle, le pareció oír a su mujer que le decía que podía aguantar un poco más. Un instante después su rostro asomó en la superficie. Por un momento, en las profundidades del río, había comprendido lo que sería morir como un hipócrita y yacer muerto después de renunciar por última vez a su ternura. Pero cuando salió a la luz y al aire, supo que debía vivir para contárselo y para recuperar todo lo que había perdido. Ahora, por fin, se sentía seguro de sí mismo. No estaba sorprendido. Le pareció que ya había pasado por algo parecido. No era tan espantoso. Esto también era la vida, y la vida era

actividad, lo mismo que en Boston o en Londres. Era él mismo, ya tenía algo que hacer; todo parecía de lo más natural. Alexander era un buen nadador, pero apenas había dado doce brazadas cuando el puente, que cada vez se estaba desplomando más deprisa, se estrelló contra el agua. Enseguida el río se llenó de hombres que se ahogaban. Una cuadrilla de canadienses de la zona francesa le cayó casi encima. Cuando creyó haberse librado de ellos, empezaron a rodearlo y a tirar de él y de los demás. Algunos sabían nadar, pero estaban malheridos o enloquecidos de terror. Alexander intentó alejarlos a golpes, pero eran demasiados. Uno lo cogió del cuello, otro lo agarró del cuerpo y todos se hundieron juntos. Al hundirse le pareció que su mujer estaba en el agua a su lado, diciéndole que tuviera la cabeza fría, que si podía resistir los hombres se ahogarían y le soltarían. Había algo que quería decirle a su mujer, pero no podía pensar con claridad por el zumbido de los oídos. De pronto recordó qué era. Contuvo el aliento, y entonces ella le soltó.

La tarea de sacar a los muertos del agua duró todo el día y la noche siguiente. Por la mañana habían rescatado del río cuarenta y ocho cadáveres, pero todavía faltaban veinte. Muchos de los hombres habían caído con el puente y estaban debajo de los escombros. La mañana del segundo día un carruaje cerrado llegó despacio por la orilla del río y se detuvo al pie de las obras donde el río hervía en torno a la enorme estructura de hierro que atravesaba en línea recta dos tercios del cauce. El carruaje esperó varias horas, y pronto se corrió la voz entre los que estaban en la orilla de que su ocupante era la mujer del ingeniero jefe; aún no habían encontrado su cadáver. Las viudas de los trabajadores desaparecidos iban y venían por la orilla con un chal sobre la cabeza, algunas con niños en brazos, y no paraban de mirar el destartado coche de alquiler. Se acercaban y daban vueltas y más vueltas, pero ninguna se atrevía a asomarse. Incluso los espectadores medio indiferentes bajaban la voz cuando le decían a algún recién llegado: «¿Ve ese carruaje de ahí? Es la señora Alexander. Aún no lo han encontrado. Se bajó del tren esta mañana. Horton fue a recibirla. Se enteró de la noticia en Boston ayer... al oír a los vendedores de periódicos que la anunciaban por la calle».

A mediodía, Philip Horton se abrió paso entre la multitud con una bandeja y una cafetera de la cocina del campamento. Cuando llegó al coche, encontró a la señora Alexander justo como la había dejado por la mañana, un poco

inclinada hacia delante, con la mano en la ventanilla bajada y mirando el río. No había dejado de mirar el agua hora tras hora, los inútiles y solitarios pilones de piedra y la masa convulsa de hierro retorcido sobre la que el río escupía enfurecido su espuma amarilla.

—Esas pobres mujeres de ahí ¿le culpan mucho? —preguntó, mientras le devolvía la taza a Horton.

—Nadie le culpa de nada, señora Alexander. Si hay algún culpable, me temo que soy yo. Tendría que haber parado las obras antes de que él llegara. Fue lo primero que me dijo al verme. Intenté que viniera un día antes, pero por alguna razón me devolvieron el telegrama. No tuvo tiempo de explicármelo. Si hubiese venido el lunes, habría sacado a los hombres enseguida. Pero, señora Alexander, nunca había sucedido nada igual. Según todos los cálculos, sencillamente no podía ocurrir.

Horton se apoyó fatigado en la rueda de delante. No se había cambiado de ropa en día y medio, y el estímulo de la emoción violenta empezaba a ceder.

—No tema decirme lo peor, señor Horton. No me deje con el temor de averiguar lo que pueda estar diciendo la gente. Si le culpan, si necesita alguien que lo defienda —por primera vez, su voz se quebró y el rubor de la vida, lloroso, doloroso y confuso, recorrió su rígida palidez—, si necesita a alguien, dígamelo, muéstreme qué hacer.

Empezó a llorar y Horton se fue a toda prisa.

Cuando volvió a las cuatro en punto de la tarde, llevaba el sombrero en la mano y Winifred supo nada más verlo que habían encontrado a Bartley. Abrió la portezuela antes de que llegara y se apeó.

Horton extendió la mano como para frenarla y le dijo suplicándole.

—¿Por qué no va usted a mi casa, señora Alexander? Van a llevarlo allí.

—Lléveme con él ahora, por favor. No les molestaré.

El grupo de hombres que había a la orilla del río se apartó al ver llegar a una mujer, y uno de ellos echó una lona encima de la camilla. Cuando se acercó Winifred todos se quitaron la gorra o el sombrero, y aunque se había tapado la cara con el velo no alzaron la vista para mirarla. Era más alta que Horton, y algunos pensaron que era la mujer más alta que habían visto.

—Es tan alta como él —susurró alguien.

Horton hizo una seña a los hombres y seis de ellos levantaron la camilla y empezaron a subirla por la pendiente. Winifred les siguió el kilómetro que

había hasta casa de Horton. Anduvo en silencio sin tropezar ni venirse abajo. Cuando los porteadores dejaron la camilla en la habitación de invitados, les dio las gracias y estrechó la mano de todos ellos. Los hombres salieron de la casa por el corral con la gorra en la mano. Estaban demasiado confundidos para decir nada mientras bajaban por la ladera.

El propio Horton estaba perplejo.

—Mamie —le dijo a su mujer, cuando salieron del cuarto de invitados media hora después—, ¿puedes llevarle a la señora Horton todo lo que necesite? Se va a encargar ella de todo. Quédate donde puedas oír-la y entra si te necesita.

Todo ocurrió como Alexander había imaginado en ese momento de presciencia debajo del agua. Ella lavó con sus propias manos hasta la última señal de la tragedia. Toda la noche él estuvo a solas con ella en la casa silenciosa, con la cabeza hundida en la almohada. En el bolsillo del abrigo Winifred encontró la carta que le había escrito la noche antes de partir de Nueva York, empapada e ilegible, aunque por su longitud supo que era para ella.

La muerte de Alexander fue un acreedor amable. La Fortuna que le había sonreído toda su vida no le abandonó al final. Sus críticos más implacables no dudaron de que, de haber sobrevivido, se habría recuperado. Ni siquiera Lucius Wilson vio en este accidente el desastre que había pronosticado.

Cuando un gran hombre muere en la flor de la vida no hay médico que pueda decir si le iban bien las cosas; si el futuro era suyo o no, como parecía. Esa inteligencia que la sociedad había llegado a considerar una maquinaria fiable y poderosa dedicada a su servicio podía llevar mucho tiempo enferma e inclinada a su propia destrucción.

EPÍLOGO

El profesor Wilson llevaba seis años viviendo en Londres y acababa de volver de una visita a Estados Unidos. Una tarde, poco después de su regreso, se puso el abrigo y fue en un coche de punto a visitar a Hilda Burgoyne, que seguía viviendo en el mismo número de Bedford Square. Eran amigos desde hacía mucho tiempo. La primera vez la vio en los pasillos del Museo Británico, donde él iba siempre a leer. Verla allí tan a menudo hizo que le entraran ganas de conocerla y, como no era una persona inaccesible, no le resultó muy difícil. Una vez concluidos los preliminares, llegaron a depender mucho el uno del otro, y Wilson, después de un día de lectura, a menudo se pasaba por Bedford Square a tomar el té. Tenían mucho más en común que sus recuerdos de un amigo común. De hecho, rara vez hablaban de él. Lo reservaban para esos momentos profundos que no se producen a menudo y, si hablaban, callaban la mayor parte del tiempo. Wilson sabía que Hilda le había querido: no había intentado saber más.

Era tarde cuando Wilson llegó a casa de Hilda aquel día de diciembre y la encontró sola. Ella pidió que les llevaran más té y se esforzó en que estuviera cómodo: sabía cómo hacer que la gente se sintiera cómoda.

—¡Qué bien que haya podido volver antes de Navidad! No me apetecía pasarla sin usted. Me ha ayudado a pasar muy buenas navidades. —Le sonrió, alegre.

—¡Como si me necesitase usted para eso! Pero en cualquier caso, necesitaba verla. ¡Qué bien la veo, y qué descansada!

La miró desde su silla baja, juntando los largos dedos y moviéndolos igual que un juez, en un gesto que había adquirido en esos últimos años.

Hilda se rió mientras le servía la leche con cuidado.

—Eso quiere decir que tenía muy mala cara al final de la temporada, ¿verdad? Bueno, el desgaste tiene que notarse.

Wilson cogió agradecido la taza.

—¡Ah, no hace falta recordárselo a un hombre que ha cumplido ya los setenta y que acaba de estar en su país para descubrir que ha sobrevivido a todos sus contemporáneos! Me han tratado muy bien... como si fuese una preciosa reliquia. Pero aun así se me hacía raro estar allí.

—¿Setenta? No me lo diga —Hilda contempló admirada el rostro despierto del profesor, con tantas arrugas amables alrededor de la boca y tantos interrogantes alrededor de los ojos—. Tendrá que quedarse conmigo. No dejaré que vuelva a casa. Tiene que quedarse aquí ahora que ha vuelto. Es lo más real que tengo.

Wilson se rió.

—¡Pobre de mí! ¿Yo? ¡De todas las conquistas y los despojos de ciudades conquistadas! ¿De verdad me ha echado usted de menos? Bueno, en ese caso me quedaré. Aunque acabe teniendo que ponerme en la sala de las momias con las demás. Irá a visitarme a menudo, ¿verdad?

—Todos los días. Tome, sus cigarrillos están en este cajón, donde los dejó. —Cogió una cerilla y la encendió—. Pero ¿le ha gustado volver a casa?

—¡Oh, sí! Los largos viajes en tren son un poco cansados. La gente vive a miles de kilómetros de distancia. Pero he estado en todas partes. Donde más tiempo he pasado ha sido en Boston.

—¡Ah! ¿Vio a la señora Alexander?

—A menudo. Cené con ella y fui a tomar el té una docena de veces, diría yo. De hecho, por eso me quedé. Descubrí que todavía me gustaba ir a la casa. Me daba la impresión de que, en cierto sentido, Bartley aún seguía allí, y de que en cualquier momento oiría sus pasos en las escaleras. Tenía la sensación de que estaba arriba en su estudio. —El profesor miró pensativo la chimenea—. Me habría gustado subir. Ahí fue donde tuve mi última conversación con él. Pero la señora Alexander no me lo propuso.

—¿Por qué?

A Wilson le sobresaltó un poco su tono y volvió la cabeza tan deprisa que uno de los gemelos se le enganchó en el cordel de los quevedos y se los arrancó.

—¿Que por qué? La verdad, no lo sé. Probablemente no se le ocurrió.

Hilda se mordió el labio.

—No sé por qué lo he preguntado. No quería interrumpirle. Siga, por favor, y cuénteme cómo fue.

—Pues como le he dicho. Casi como si estuviera allí. En cierto sentido lo está. Ella no le ha olvidado. Es el pesar más bello y digno que he visto jamás. Tan bello que tiene sus compensaciones. Le ha dado una estrella con la que guiarse. No se desvía. Pasamos una tarde tras otra en el silencio de esa salita hechizada, vimos el crepúsculo incendiar el río y sentimos su presencia. Con una diferencia, claro.

Hilda se inclinó hacia delante, con el codo apoyado en la rodilla y la barbilla en la mano.

—¿Con una diferencia? ¿Por ella, quiere usted decir?

Wilson frunció el ceño.

—Algo así, sí. Por supuesto, a medida que pasa el tiempo, él se convierte solo en la relación que tuvieron.

Hilda observó con intensidad el gesto abatido del profesor.

—Y ¿no le gustó? ¿Sintió que no era justo con él?

Wilson se incorporó y volvió a colocarse los quevedos.

—¡Oh, muy justo! Más que justo. Claro que siempre he tenido la sensación de que mi imagen de él era un poco distinta de la suya. Ninguna relación es tan completa que pueda abarcar a toda la persona. Y a mí me gustaba tal como era; con sus defectos y con las cosas que no conseguía encajar.

Hilda reflexionó vagamente.

—¿Ha envejecido mucho? —preguntó por fin.

—Sí y no. En un sentido trágico está incluso más bella. Pero también más fría. Fría con todo excepto con él. «Olvídate en el mármol»,²¹ no podía pensar en otra cosa. Su felicidad era una felicidad entre dos, no ajena a este mundo, sino contra él. Y ahora su pesar es igual. Se reserva para él y ni siquiera pasa por la formalidad de ver a mucha gente. Lo lamento. Sería mejor para ella, y podría ser mejor para ellos, si pudiera abrirse a otras personas.

—Tal vez tema perderlo un poco si lo comparte con alguien.

Wilson dejó la taza y alzó la vista un poco alarmado.

—¡Dios mío, solo una mujer podría caer en eso! No creo que debamos ser demasiado duros con ella. La pobre escogió su destino aún menos que

nosotros. Lo soportó. Y la ha dejado helada. Como si no quisiera confiar en el mundo... en fin, es un mundo bastante brutal y estúpido.

Hilda se inclinó hacia delante.

—Sí, lo sé, lo sé. Pero no puedo evitar alegrarme de que haya algo para él incluso entre la gente estúpida y vulgar. Mi pequeña Marie lo adoraba. Cuando quita el polvo siempre sé cuándo ha llegado a su retrato.

Wilson asintió con la cabeza.

—¡Oh, sí! Ha dejado un eco. Las ondas nos alcanzan a todos. Era uno de los actores de la obra, y la mayoría no somos más que simples espectadores. No debería extrañarnos mucho la actitud de la señora Alexander: debe de intuir lo inútil que sería hacer algo y que vale más quedarse quieta; que después de Bartley no puede ocurrirle nada.

—Sí —dijo Hilda en voz baja—. Después de Bartley a una no puede ocurrirle nada.

Los dos se quedaron contemplando el fuego.

APÉNDICES

PRÓLOGO A EL PUENTE DE ALEXANDER

(1922)

Me resulta difícil cumplir con el encargo del editor de escribir un prólogo a esta nueva edición de uno de mis primeros libros. *El puente de Alexander* fue mi primera novela y no trata de un asunto con el que me sienta cómoda ahora. Los personajes y los lugares del relato me interesaron mucho en la época en que la escribí, porque eran nuevos para mí y atractivos en sí mismos. *El puente de Alexander* la escribí en 1911 y *Pioneros* el año siguiente. La diferencia en calidad entre los dos libros es una ilustración de que no siempre es fácil para el escritor sin experiencia distinguir entre su propio material y el que le gustaría hacer suyo. Para el escritor joven todo es nuevo, y todo parece igualmente personal. Lo que queda fuera de su experiencia más profunda, que observa y analiza, a menudo le parece más vital que lo que conoce bien, porque lo ve con la emoción del descubrimiento. Lo que conoce mejor lo da por sentado, puesto que no le sorprenden continuamente nuevos descubrimientos. Yace en el fondo de su conciencia, tanto si lo sabe como si no, y continúa alimentándole, pero no le estimula.

Hay un momento en la evolución de un escritor en el que las líneas de su vida y de sus esfuerzos personales se cruzan. Esto puede ocurrir más pronto o más tarde, pero, desde el momento en que esto se produce, su obra ya no vuelve a ser la misma. Después de crear una o dos veces una historia que se ha formado, inevitablemente, en su imaginación, no volverá al edificio de las historias externas. El sentimiento interior produce en él una emoción más profunda que la excitación de la novedad o el oropel del espectáculo pasajero.

El escritor, al principio de su carrera, a menudo está más interesado en los descubrimientos de su arte que en las verdades cotidianas que llevan rodeándole desde la cuna. Es probable que tenga la sensación de que escribir es una de las cosas más importantes, si no la más importante del mundo, y de que lo que aprende en materia de escritura es una posesión de valor incalculable. Comprende, claro, que debe saber mucho sobre la vida, pero piensa que este conocimiento puede adquirirlo asomándose a buscarlo, como cuando uno va al teatro. Tal vez sea mejor que lo crea hasta que haya adquirido cierta destreza y facilidad: que se esfuerce entre vanidades de juventud y llamativas extravagancias antes de tratar con el material que es propiamente suyo. Unas de las pocas cosas verdaderamente útiles que me ha dicho un escritor mayor se lo debo a Sarah Orne Jewett²²: «Por supuesto, un día escribirás sobre tu propio país. Entretanto, aprende todo lo que puedas. Hay que conocer muy bien el mundo antes de conocer la parroquia».

Ha habido notables y hermosas excepciones, pero creo que, por lo general, el escritor joven debe tener esta relación con el material externo; debe imitar y esforzarse en seguir a los maestros que más admira, hasta que descubre que ansía la realidad y que no puede seguir así. Entonces comprende que no es que buscara la aventura, sino que la aventura lo ha buscado a él y le ha dejado una marca duradera.

Cuando un escritor empieza a trabajar con su propio material comprende que, pese a todas sus incursiones literarias, lleva trabajando con él desde el principio... al vivirlo. Con este material es otro escritor. Cada vez tiene menos poder de elección sobre su forma de moldearlo. Parece estar ahí en sí mismo, ya moldeado. Si intenta forzar ese vago perfil, retorcerlo y darle alguna forma categórica, y sobre todo si intenta adaptar o modificar su sentido, destruye su valor. Al trabajar con este material descubre que no le hace falta recurrir a ningún artificio literario; llega a depender más y más de otra cosa: eso con lo que nuestros pies encuentran el camino a casa en una noche oscura, y reparan por sí solos en piedras y raíces en las que no habíamos reparado de día. Esta guía no siempre está con él, claro. A veces la pierde y se extravía. Pero, cuando está con él, corresponde a lo que el señor Bergson llama la sabiduría de la intuición en contraposición a la del intelecto. Si cuenta con esto para dar forma a su camino, un escritor tiene que vérselas solo con detalles mecánicos y cuestiones de presentación efectiva, siempre discutibles.

Respecto al asunto esencial de su relato no puede argumentar de este modo o del otro; lo ha visto, lo ha entendido con destellos que son tan poco razonables y a menudo tan irracionales como la vida misma.

Willa Cather

Whale Cove Cottage, Grand Manan, N. B., septiembre de 1922

MIS PRIMERAS NOVELAS (HUBO DOS)²³

Mi primera novela, *El puente de Alexander*, se parecía mucho a lo que los pintores llaman un boceto. Fue el resultado de conocer a varias personas interesantes en Londres. Como muchos escritores jóvenes, pensaba que los libros tenían que hacerse a partir de «material interesante» y creía que lo nuevo era más emocionante que lo familiar. Las impresiones que intenté trasladar al papel eran genuinas, pero muy superficiales. Todavía encuentro gente a quien el libro le gusta porque sigue un modelo convencional y porque más o menos está ambientado en Londres. Se supone que Londres es más atractivo que, digamos, Gopher Prairie; aunque el escritor conozca muy bien Gopher Prairie y muy poco Londres. Poco después de que se publicara el libro pasé seis meses en Arizona y en Nuevo México. Cuanto más tiempo pasaba en un país que me interesaba de verdad y entre personas que formaban parte de él, más innecesario y superficial me parecía un libro como *El puente de Alexander*. No escribí nada, pero descarté el punto de vista convencional de los editores.

Cuando volví a Pittsburgh empecé a escribir un libro solo para mí: una historia sobre unos escandinavos y checoslovacos que habían sido vecinos nuestros cuando vivía en un rancho en Nebraska y yo tenía unos ocho o nueve años. Me pareció una ocupación mucho más absorbente que escribir *El puente de Alexander* y un proceso totalmente distinto. Aquí no había nada compuesto o «inventado»; todo era espontáneo y ocupaba su sitio para bien o para mal. Era como recorrer un paisaje familiar en un caballo que conociera el camino una bonita mañana en la que a uno le apeteciera montar. Lo otro era como montar en un parque con alguien a quien no conociera muy bien y a quien

tuviese que dar conversación todo el tiempo. Como escribí este libro para mí, pasé por alto todas las situaciones y matices que en la época se creían necesarios. La «novela del terruño» aún no se había puesto de moda en este país. El salón se consideraba el ámbito idóneo para la novela, y los únicos personajes sobre los que valía la pena leer eran personas elegantes o individuos inteligentes. O. Henry había llevado a los cuentos el mundo de las pensiones baratas, las dependientas y los conductores de camión. Pero nuestros novelistas más interesantes eran Henry James y la señora Wharton, y la mayoría de los escritores jóvenes imitaban su estilo sin tener sus dotes.

Pioneros me interesó muchísimo, porque estaba ambientado en un país que yo amaba, porque trataba de nuestros antiguos vecinos, a los que yo había querido mucho, y a quienes casi había olvidado con la precipitación y la emoción de evolucionar y descubrir cómo era el mundo y cómo encajar en él. Pero no esperaba que otras personas encontraran algo en un relato lento, sin acción, sin humor y sin protagonista; un relato dedicado por completo a granjeros, con campos de trigo, pastos y granjas de cerdos... ¡y ambientado nada menos que en Nebraska! Como todo el mundo sabe, Nebraska es claramente *déclassé* como trasfondo literario; basta con pronunciar su nombre para producir un sudor frío, pegajoso y avergonzado en cualquier crítico fino. Kansas no es mucho más prometedor. Colorado, por el contrario, tiene más posibilidades. Wyoming tiene cierta clase, como unos pantalones de montar bien cortados. Pero un crítico neoyorquino expresó la opinión general cuando dijo: «Sencillamente me importa un bledo lo que pase en Nebraska, escriba quien escriba sobre eso».

Pioneros no solo trataba sobre los granjeros de Nebraska, sino que además ¡los granjeros eran suecos! En esa época, 1912, el sueco no había aparecido en este país en letra impresa más que en publicaciones humorísticas basadas en dos peculiaridades: su fuerza física y su incapacidad de pronunciar la letra jota. Yo tenía buenas razones para suponer que el libro que había escrito para mí me sería siempre fiel y seguiría siendo exclusivamente de mi propiedad. Se lo envié al señor Ferris Greenslet de Houghton Mifflin, que había publicado *El puente de Alexander*, y me quedé totalmente perpleja cuando escribió para decirme que querían publicarlo.

Me alegré mucho cuando William Heinemann decidió publicarlo en Inglaterra. Había visto al señor Heinemann en Londres varias veces, cuando

yo trabajaba en la redacción de *McClure's Magazine*, y tenía la más elevada opinión sobre su gusto y su buen juicio. Sabía separar sus preferencias personales de los negocios y era inflexible. El hecho de que un libro de segunda categoría se vendiera bien nunca le hacía desdecirse e insistir en que algo bueno debía de tener al fin y al cabo. La mayoría de los editores, como la mayoría de los escritores, se echa a perder por su éxito.

Cuando terminé mi tercer libro *El canto de la alondra*, Heinemann lo rechazó. Nunca me había dicho que le gustara *Pioneros*, pero entonces me escribió una breve carta autógrafa diciéndome que lo admiraba mucho y que rechazaba *El canto de la alondra* porque pensaba que en ese libro yo me había equivocado de camino, y que el método vigoroso, de contar todo de todos, no casaba bien conmigo y no me serviría. En cuanto a mí, escribió, siempre había pensado que «el tono amistoso y confidencial de este tipo de literatura es desasosegantemente familiar, aunque el asunto sea muy interesante».

Entonces no estuve de acuerdo con el señor Heinemann, ni con Randolph Bourne, que en su reseña en este país dijo casi lo mismo. Una siempre se pone a la defensiva con su último libro. Pero cuando escribí mi libro siguiente, *Mi Antonia*, fue por el camino de *Pioneros* y no por el de *El canto de la alondra*. Demasiado detalle puede, como cualquier otra forma de extravagancia, resultar ligeramente vulgar; y destruir en un libro un elemento muy placentero análogo a eso que los pintores llaman «composición».

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación

en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña & Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es
Alba Editorial, S.L.U.
Baixada de Sant Miquel, 1 bajos
08002 Barcelona
T. 93 415 29 29
info@albaeditorial.es

NOTAS

¹ Charles George «Chinese» Gordon (1833-1885) un heroico general británico famoso por sus hazañas en la guerra de Crimea (1853-1856) y su liderazgo en la Segunda Guerra del Opio (1860). David Livingstone (1813-1873), misionero, medico y explorador escocés. Beaconsfield es Benjamin Disraeli (1804-1881) que fue nombrado conde de Beaconsfield en 1876. [*Esta nota, como las siguientes, es del traductor.*]

² Después de casarse con la reina Victoria el príncipe Alberto recibió el título de príncipe consorte.

³ Whisky irlandés destilado ilegalmente.

⁴ Así se llama a la colección de esculturas griegas antiguas del Partenón de Atenas que el embajador británico lord Elgin llevó a Inglaterra entre 1802 y 1812.

⁵ Un «Néstor de los puentes» en alusión al personaje mitológico de Néstor, que, en el poema homérico *La Ilíada*, es demasiado viejo para combatir.

⁶ Una orden para reconocer los méritos civiles y militares creada por el emperador Meiji en 1875.

⁷ Opereta de tema japonés de William S. Gilbert y sir Arthur Sullivan.

⁸ Alusión a Jean Louis Agassiz (1807-1873) o a su hijo Alexander Agassiz (1835-1910), dos famosos científicos decimonónicos de aspecto sobrio y erudito.

⁹ Elizabeth Barrett Browning (1806-1861), la famosa poeta victoriana.

¹⁰ El poeta y crítico romántico Charles Lamb (1775-1834).

¹¹ Una exposición anual de arte patrocinada por el gobierno francés.

¹² El barrio latino, un barrio de París habitado por estudiantes, artistas, actores y expatriados.

¹³ Baños de mar.

¹⁴ Lavandera de ropa delicada.

¹⁵ Una famosa balada irlandesa, basada en un poema de Thomas Moore (1779-1852).

¹⁶ La famosa ópera de Giuseppe Verdi (1813-1901).

¹⁷ Una leguminosa común en el oeste de Estados Unidos que causa una enfermedad nerviosa en el ganado, las ovejas y sobre todo los caballos.

¹⁸ Alusión al mito griego de Acteón, que fue castigado por la diosa Diana cuando la vio por casualidad bañándose desnuda en el bosque con sus ninfas. Acteón se transformó en ciervo y murió devorado por sus propios perros.

¹⁹ Probable alusión a John Singer Sargent (1856-1925), uno de cuyos cuadros se titula *Los jardines de Luxemburgo a la hora del crepúsculo*.

²⁰ En el acto II de *El sueño de una noche de verano*, Puck dice: «Pondré un cinto a la tierra en cuarenta minutos».

²¹ Verso tomado del poema de John Milton *Il Penseroso* (1631). Winifred se refugia en su soledad igual que el hombre contemplativo de Milton se dedica a los solitarios placeres de la melancolía.

²² Sarah Orne Jewett (1849-1909) fue una novelista, cuentista y poeta estadounidense; se la considera una de las principales representantes de la tendencia regionalista.

²³ Artículo escrito para la revista *The Colophon* (vol. I, parte 6, 1931), donde era frecuente que escritores —como Sherwood Anderson o Edith Wharton— publicaran piezas autobiográficas.